

ALGUNOS TÍTULOS DE LA
EDITORIAL ESCARABAJO:

Un viaje en sombrero
Eduard Pereira Jaramillo

Iris y el secreto de las almohadas
Lina M. Noreña Álvarez

Tucunaré
Pablo Arciniegas

El juego de María
Eduardo Bechara Navratilova

Tierra de cuervos
Tatik Carrión

Los saberes del Tungurahua
Leonardo Abonía Ocampo

Nadamos en el mismo mar
David Escobar De Lavalle

El brocal del pozo
Orietta Lozano

Métale Punk
Carolina Suárez la Torre

Las maravillas de Alicia
Eduardo Bechara Navratilova

Cristina no solo debe enfrentarse a la reciente separación de sus padres, también al reto de comenzar el año escolar en un nuevo colegio mientras trata de evitar meterse en problemas, tanto propios como ajenos. Por si fuera poco, también tendrá que lidiar con Alejandra, una niña misteriosa que está siempre lista para contarle extrañas historias que, según ella, han ocurrido en el colegio. ¿Quién es Alejandra y por qué insiste en compartir esos relatos que suenan tan descabellados?

Esta obra es una crónica de crecimiento en la que podemos reflejarnos, seamos niños o adultos. Cada cuento nos irá acercando, junto con la protagonista, a entender el mundo que nos rodea y, de paso, a nosotros mismos, como piezas de un insólito rompecabezas.

Así que, sin más, abre este libro... y déjame contarte una historia.

Los relatos de *Déjame contarte una historia* divierten, inquietan y asombran al lector. Hernán España ha creado universos y personajes extraordinarios que invitan al lector a adentrarse en un laberinto de aventuras, que, sin duda, lo dejarán al borde del asombro.

GUSTAVO BUENO ROJAS
Cali, Valle del Cauca, Colombia
Marzo de 2025

Si bien la niñez es aquel territorio donde recorreremos los enredos más incomprensibles, una vez encontramos las respuestas, hallamos las salidas que nos llevan a ver los panoramas más fértiles, los soles más radiantes, las respuestas que traen consigo las flores más primorosas.

Déjame contarte una historia nos revela que detrás de cada rostro sombrío hay una sonrisa a punto de ser revelada, una iluminación a punto de nacer, un camino al borde de encontrar una leyenda.

EDUARDO BECHARA NAVRATILOVA
Praga, Bohemia, República Checa
Marzo de 2025

ISBN: 978-628-7772-19-9



9 786287 772199



Premio Nacional de Cuento infantil
Yolanda Reyes



Hernán Darío España

Déjame contarte una historia...

Hernán Darío España

Déjame contarte una historia...



Tercer Lugar
Primer Premio Nacional de libro
de cuento infantil Yolanda Reyes



Hernán Darío España



Hernán Darío España nació en Cali, Valle de Cauca, Colombia y desde muy niño sintió el goce por la lectura y la creación literaria. Comunicador social, especialista en enseñanza de lectura y escritura en lengua materna, y magíster en estudios avanzados de literatura española e hispanoamericana. Actualmente, se desempeña como profesor en la Universidad Autónoma de Occidente.

Su primer libro se enmarcó en el género pedagógico: *Héroes y heroínas en el aula: el juego de rol como estrategia pedagógica para la formación integral*, resultado de la investigación que le dio el premio de Educador Distinguido Acodesi (2012) en la categoría de innovación pedagógica.

Es autor del libro de ciencia ficción y suspenso *El universo fragmentado en cuentos. Una antología del caos* (Universidad Autónoma de Occidente, 2019).

En el campo literario ha obtenido diversos reconocimientos en los campos del cuento, el microrrelato y la poesía. Se destacan: mención de honor por libro de cuentos en el concurso de autores vallecaucanos "Jorge Isaacs" (1999), ganador en la categoría de cuentos en el "Concurso escritores autónomos" (2019); ganador del certamen de microrrelatos Taller fugaz (México, 2020), finalista en el certamen de poesía "Camino de palabras" (Argentina, 2022), y mención de honor en categoría cuento del "III Concurso literario internacional de poesía y cuento Julio Cortázar" (Argentina, 2024).

El presente libro obtuvo el tercer puesto del "I Premio nacional de cuento infantil Yolanda Reyes" (2022).







*DÉJAME CONTARTE
UNA HISTORIA...*







Hernán Darío España

*DÉJAME CONTARTE
UNA HISTORIA...*





©2025, Editorial Escarabajo S.A.S.
Calle 87A No. 12 - 08 Ap. 501
Bogotá, Colombia
www.escarabajoeditorial.com
escarabajoeditorial@gmail.com

©Hernán Darío España
Colección Narrativa de cuento infantil Yolanda Reyes ***Los agujeros negros***
Homenaje a Yolanda Reyes

Director de la colección: Eduardo Bechara Navratilova
Editores: Alejandra García Mogollón, Hugo Reyes Saab & Eduardo
Bechara Navratilova

Diseño de portada: Melissa Álvarez Quintero
Diagramación y diseño del interior: Melissa Álvarez Quintero

ISBN: 978-628-7772-19-9

Queda hecho el depósito de ley.

Primera edición en Colombia: Escarabajo Editorial S.A.S. 2025

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida de forma total o parcial, ni registrada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito del autor o la editorial.





Premio Nacional de Cuento infantil
Yolanda Reyes







*A María Alejandra,
la niña que inspiró este libro.*

*A Catalina y Sara,
dos historias muy especiales.*







Prólogo: enero 15. El primer día

Después de haber apretado los párpados con gran fuerza, Cristina abrió los ojos con la esperanza de que todo hubiese desaparecido, que el último mes no hubiera transcurrido, que todo fuera NORMAL, con mayúsculas. Lamentablemente, aún seguía sentada en el bus escolar que le llevaba a su nuevo colegio; el cuadro cambiante de casas, árboles y postes que pasaba por la ventanilla le era totalmente ajeno. Dentro del vehículo no conocía a nadie; le resultaba incómodo tener que escuchar las risas de todos los otros niños mientras se ponían al día de lo que hicieron durante las vacaciones. Era injusto, pensaba. Ella jamás había deseado cambiar de ciudad; jamás había deseado que sus padres tomaran la decisión de separarse. Sentía rabia, mucha rabia. Aunque no sabía contra qué, o contra quién.

Sus pensamientos y emociones se amontonaban sin orden en su cabeza de apenas diez años. Deseaba bajarse del bus, salir corriendo y... no tenía muy claro cuál era el resto del plan. Por ahora, lo único que podía hacer era concentrarse en el paisaje monótono de casas a través





del vidrio para así evitar mirar a sus compañeros y compañeras de ruta. Estaba segura de que los demás debían observarla con curiosidad y desconfianza. ¿Quién era el bicho raro que decidió aparecer en la mitad del año lectivo? Alguno que otro estaría cuchicheando con su compañero de al lado. Daba igual; los ignoraría hoy, mañana y el día después de mañana. Podía ignorarlos hasta que se acabara quinto grado.

Cristina sintió que iba a llorar; como lo había estado haciendo diariamente, durante el último par de meses, a escondidas de su madre. Presionó su regazo con los puños herméticamente cerrados hasta que las lágrimas decidieron no salir. Un truco en el que había estado trabajando por semanas para evitar que alguien le preguntara si le pasaba algo. Claro que le pasaba, le pasaba de todo, pero al resto del mundo no le importaba.

Cuando el bus se detuvo por fin frente al colegio Casa Luden decidió esperar, con la vista fija en el gran edificio y el oído atento, hasta que todos los demás pasajeros se bajaran del vehículo. Luego, ella hizo lo mismo, recordando la palabra injusticia y el sentimiento de rabia. Por alguna razón la hacían sentir valiente.

•

—Chicos, chicas, su atención, por favor. —El maestro del salón 5A, el señor Delgado, tuvo que repetir unas tres veces la petición hasta que el último murmullo entre los estudiantes se extinguió por completo. Se encontraba de pie, frente a todos, con la niña nueva junto a él. Apenas percibió que ya era por fin el foco de atención, puso una mano en el hombro de Cristina—. El día de hoy se nos une Cristina, quien viene de otra ciudad y terminará Quinto grado con nosotros. Ya habrá tiempo para que ella nos cuente más sobre su vida.

En todo el corto tiempo que duró el discurso, Cristina se mantuvo muy quietecita con la cabeza inclinada hacia abajo. Pudo notar que en dos baldosas más adelante había una mancha de pintura, que al profesor se le había desamarrado un zapato, que sus propios zapatos habían quedado muy bien embetunados. Evitó mirar cualquier





rostro. Seguía en su plan de ignorarlo todo, que hasta el momento había dado resultado.

—Ve y ubícate en el pupitre que está vacío.

El sitio al que se refería estaba dispuesto casi perfectamente en el centro del salón. Pasó por entre dos hileras de pupitres sin quitarle la mirada al suyo, sintiendo el peso de los pensamientos de los otros que la interrogaban en silencio. No pretendía mirar a ninguno, pero por descuido dejó caer su maleta al sentarse y, antes de poder reaccionar, la compañera a su derecha hizo gesto de inclinarse en su ayuda. Sin pensarlo, Cristina tomó rápidamente la maleta y la abrazó a modo de protección. Entonces, se encontró con la mirada de la otra.

Isabella, cuyo nombre conocería varios días después, no hizo gesto de haberse sentido ofendida por el desplante. Se limitó a erguirse en su puesto sin dejar de observarle, sin la sonrisa propia de aquel que quiere darte la bienvenida, con una expresión que sugería más bien un punto medio entre el miedo y la tristeza. Cristina desvió su atención al maestro, que ya había comenzado la clase. Enarcó las cejas, confundida. ¿Por qué esa niña le era familiar? Nunca la había visto antes y, sin embargo, su cerebro le sugería que estaba equivocada.

Igual. La ignoraría como al resto. Así lo hizo con pericia... al menos hasta la hora del almuerzo.

•

Ruido.

No había otra palabra para describir la cafetería del colegio. Sentada en la mesa más alejada de la gran estancia, Cristina se llevaba mecánicamente cucharadas de su almuerzo a la boca procurando que el bullicio de gente conversando, o discutiendo, o gritando, o quizás todo a la vez, no le taladrara la mente. ¿Cómo podían escucharse en medio de ese caos? Por lo menos este aspecto no le afectaba: no pretendía hablar con nadie. Incluso, de alguna manera tenía la sensación de que el ruido la ocultaba, que era invisible mientras las ondas sonoras de las voces se estrellaban contra las paredes de la cafetería.

Por un momento alzó la vista; la curiosidad de obser-





var la reacción de los demás. Primero, notó la indiferencia de todos hacia el pesado ambiente, como si lo que flotara en el aire fuera el canto animado de los pájaros en la mañana; en segundo lugar, encontró a Isabella, unas tres mesas más adelante, acompañada solo de dos chicas más grandes, debían ser de sexto, ambas de pie tras ella.

Isabella comía, o al menos intentaba comer mientras que una de sus acompañantes le daba cortos empujones en la espalda y la otra sacaba papas fritas del plato; las dos le hablaban sin parar con un gesto burlón en el rostro. Cristina tardó un poco en encontrarse de lleno con el rostro de Isabella, quien estaba mirándola igual que en el salón de clases.

—Si uno pudiera escuchar qué le dicen esas dos.

Cristina no pudo evitar sobresaltarse al escuchar una voz desconocida que se hizo paso entre el ruido para dirigirse a ella saboteando el gran plan de ignorarlo todo. Se volvió hacia la fuente de tal atrevimiento con el disgusto estallándole a lo largo y ancho de su humanidad.

—¡Oye, tranquila, no me mires así! —Era otra chica, definitivamente mayor que ella, probablemente de sexto grado. Estaba de pie a su lado con una sonrisa de oreja a oreja. ¿Acaso se estaba burlando?—. Solo era un comentario. Vi que te interesaba lo que estaba ocurriendo. —Hablabla sin comprobar si la otra deseaba hacer un comentario; parecía más conversar consigo misma que de verdad establecer un diálogo—. Si la gente aquí bajara el volumen a sus voces probablemente escucharíamos lo que le están diciendo. Aunque no debería importarnos ¿no? Se supone que no es nuestro problema. Oh, vaya. ¿Estás enojada conmigo? Veo que sigues mirándome raro. Bueno, perdóname por molestarte. Me llamo Alejandra y estaré por aquí si me necesitas. Adiós.

Y así como vino, así se alejó intempestivamente.

A Cristina se le había quitado el apetito. Notó que Isabella y sus dos acompañantes se habían ido; la bandeja había quedado sobre la mesa con bastante comida en ella. Se quedó un rato más sentada, con unas ganas irresistibles de romper algo; por la tal Alejandra, por el ruido de la cafetería, por sus papás y su separación, por el colegio, porque la niña que había visto hoy por prime-





ra vez en el salón, y ahora en la cafetería, le recordaba a alguien. En fin, por todo.

Finalmente, no rompió nada. Apretó los puños y dejó que la rabia se resguardara con precaución en el mismo lugar misterioso al que iban a parar algunas de sus lágrimas.

•







Enero 17.

La historia de la crisis de basura

Dos días habían transcurrido y Cristina sentía una satisfacción profunda por la forma en que había sabido manejar las cosas. Pudo eludir todos los intentos de conversación de parte de sus compañeros, e incluso los del señor Delgado, su profesor titular. También contaba a la chica de la cafetería, Alejandra, a quien esperaba haber asustado lo suficiente como para que no se atreviera a acercarse de nuevo. Mientras esto siguiera así no tendría que mentirle a su padre cuando la llamara por teléfono, como anoche, a veinte ciudades de distancia; después de todo, era verdad que no tenía amigos, que el nuevo colegio era un infierno ruidoso, que era lo peor que le puede pasar a una niña. Definitivamente él tendría que venir al rescate y tal vez, si ella lo deseaba con fuerza, descubriría que toda la familia debería estar de nuevo junta. Esta vez se quedaría para siempre.

No pudo evitar sonreír ante tales pensamientos





mientras caminaba lentamente por el pasillo cargado del escándalo de las voces de los estudiantes y los cuerpos que se movían con torpeza durante ese momento de libertad que les procuraba el recreo. Al levantar la vista se encontró a pocos metros de distancia de Isabella, quien estaba de pie en medio del pasillo. En pocos segundos salieron de ninguna parte las dos chicas que había visto con ella en la cafetería, le dijeron algo ahogado por el ruido que les cubría y se la llevaron lejos tomándola cada una de un brazo. Fueron unos segundos, pero Cristina creyó ver en el rostro de su compañera un gesto de desesperación. Dio media vuelta. No le importaba esa niña, no debería importarle; a pesar de que aún, insistentemente, le recordaba a alguien. Cada quien tenía sus problemas. Por ejemplo, en el caso de ella misma sus padres se habían separado; eso no era malo, era pésimo.

Salió al patio y dejó que la luz del radiante sol borrara mágicamente los últimos segundos de su memoria.

Sentada en una de las bancas del patio, Cristina terminó su sándwich y su jugo de caja. Puso toda la basura en la bolsa en que venía el sándwich y echó una ojeada a los niños y niñas que corrían y saltaban como locos alrededor de ella. Aún recordaba la época en que ella era así; cuando todo estaba bien, cuando todo estaba como debía estar. Apretó la bolsa y el interior crujió. ¿Dónde estaba el tarro para botarla? Divisó un grupo de cinco, cada uno de diferente color, a una distancia que se le hizo de kilómetros. No iba a ir hasta allí, exponiéndose a que le dieran con un balón o a que alguien se le acercara para charlar. Bajó las manos lentamente, como si fuese algo casual, y con un movimiento rápido de sus dedos dejó caer la bolsa con su basura bajo la banca. Lo hizo con tanta pericia que nadie debió haberla notado.

—No deberías hacer eso.

Cristina no solo saltó en su puesto por haberse sentido descubierta en su crimen, sino porque había reconocido la voz. Levantó la cabeza y a través del contraluz





del sol pudo distinguir claramente la silueta de Alejandra, la parlanchina de la cafetería.

—Si alguien ve lo que estás haciendo —prosiguió Alejandra, con su sonrisa habitual, mientras se hacía lugar en la banca— en pocos minutos tendríamos el patio convertido en un basurero, como sucedió hace algunos años.

Podía hablar todo lo que quisiera, pensaba Cristina, que a fin de cuentas ella no le respondería; así lo haría hasta que la otra se aburriera y la dejara sola. Un plan simple, pero, tarde o temprano, efectivo.

—Veo que no te gusta hablar, ¿eh? Bien, mejor, así podrás escucharme hasta el final. Antes no había tantos tarros para los residuos como ahora; si ahora te parecen lejos aquellos, imagínate cómo era antes. De esa manera no faltó el niño o la niña que un día decidió que era más rápido dejar la basura en el piso, luego alguien siguió su ejemplo, luego otro y otro, y otro más. Hasta que un día sin darnos cuenta nos vimos metidos en un gigantesco problema. Deberías conocer la historia de lo que ocurrió...

Hizo una pausa. Eso irritaba más que su conversación. Cristina decidió hablar, dejando notar en cada una de sus palabras la molestia que sentía:

—Si deo que cuentes tu historia, ¿te marcharás y me dejarás tranquila?

—No estoy segura de que te quedes tranquila al irme, amiga. —Alejandra no parecía notar la agresividad de su interlocutora, seguía mostrándose tan feliz como de costumbre—. Sin embargo, me parece un trato justo. Escúchame con atención, esto fue lo que pasó...

•

“Nunca pudimos saber con seguridad cuándo inició todo o cómo. Que uno se encontrara un paquete vacío en el prado o un plato desechable en el pasillo parecía la cosa más normal del mundo. Después de todo, en la tarde contábamos con las personas encargadas de la limpieza para que al otro día todo estuviera limpio y reluciente para nosotros. ¿Quién podía imaginar que era una sola





persona? ¿O que se iba a enfermar e incapacitar por dos semanas? Supongo que a alguien se le hubiera ocurrido si hubiese mostrado interés por ese ser humano que tenía que lidiar con lo que decidíamos dejar por allí.

“Pero me estoy desviando, lo lamento, a veces me pongo demasiado trascendental. Espero no aburrirte.

Al no recibir ninguna respuesta de parte de Cristina, Alejandra prosiguió con placer:

—¿Dónde me había quedado? Ah, sí. La basura que nadie recogía y que, sin darnos cuenta, se fue amontonando lentamente en todos los espacios: patio, pasillos, salones. ¡Ni siquiera los adultos lo percibieron! Es que hay cosas que se vuelven tan habituales, por más equivocadas que sean, que terminamos por convivir con ellas como si fueran poca cosa... ¡Y ahí estoy yo otra vez dando opiniones en la narración! Lamento tanto esta manía. Admiro tu paciencia, amiga.

“En fin, el día menos esperado, al momento del recreo, cuando todos nos dirigimos al patio, ¡zas! nos topamos con un gran muro que dividía las zonas verdes y las canchas casi por la mitad. Obviamente que nos preguntamos a quién se le ocurriría levantar una pared en el patio de una escuela. Nos alejamos un poco para calcular la altura de la mole y descubrimos con sorpresa que aquello no estaba hecho de cemento y ladrillo, sino de servilletas sucias, vasos de plástico, cajas de jugo, papeles rayados y cuanta cosa se te ocurra poner en un basurero. Se trataba de una montaña de basura que se elevaba varios metros sobre nuestras cabezas y que separaba partes de la zona geográfica del colegio.

Si a Cristina le molestaba que Alejandra le hablara como si en verdad le interesara, el colmo era que deseara engañarla con una historia tan claramente fantasiosa:

—¡Eso es lo más absurdo que me han contado en la vida! —Se sorprendió a sí misma por el estallido de furia que dejó salir de su garganta. Se había propuesto ignorar al mundo entero, pero bien valía la pena hacer una excepción para demostrarle a la chica de al lado que no era una niña ingenua. Nadie se burlaría de ella.

—¡Oye, tranquilízate! Recuerda que hicimos un trato: tú me escuchas hasta el final y luego yo me voy... a





menos que no quieras que me vaya... ¿No dices nada? Entonces supongo que el trato sigue en pie y deseas saber cómo pudimos vencer el problema que se nos presentaba. A propósito, tienes una voz muy linda.

“Te estaba diciendo que había una gran montaña de basura de un extremo a otro del patio, que separaba a los estudiantes de primer a sexto grado de los otros. Los profesores y directivos se rascaban la cabeza sin saber muy bien qué hacer, mientras niños y niñas tomaban la decisión de disfrutar de su recreo, comiendo y jugando después de los primeros segundos de desconcierto. Minutos después los adultos se fueron al comprobar que ese obstáculo no se iba a ir sin poner resistencia; se fueron a deliberar, o tal vez a tomar café. Lo cierto es que nadie hizo nada ese día para solucionar el problema.

“El segundo y tercer día fueron iguales. O peor, pues parecía que aquello siempre hubiera estado allí y todos sin excepción continuaban con su vida normal. A nadie parecía importarles que no viéramos al resto de los estudiantes sino al momento de iniciar o terminar la jornada escolar. Algunos jugaban a enviarse notas de un lado a otro por medio de artilugios como aviones de papel o cometas. Nos llegamos a denominar los del norte y los del sur, sin saber realmente si estábamos ubicados en tales puntos cardinales; simplemente parecía divertido hacerlo. Al menos hasta que aparecieron las moscas.

“Tales bichos se presentaron una mañana y decidieron ser residentes permanentes. Uno no podía concentrarse en las clases por estar manoteando en procura de librarse de ellas. Cuando se abrían las meriendas había que hacerlo con bastantes precauciones o se tendría alrededor un enjambre. Ni siquiera podíamos reírnos a carcajadas por el peligro de... Me detendré aquí, es un recuerdo asqueroso.

“Luego vinieron, o mejor dicho faltaron a clases, los enfermos. Un día se sentían mal, al otro se nos informaba que estarían en cama por tiempo indefinido. ¡En un salón llegó a haber la mitad de asistencia! Pero nadie resultaba con una solución al problema que nos afectaba a todos. Los estudiantes seguían jugando pelota en el recreo, los adultos seguían rascándose la cabeza, las





moscas seguían revoloteando por allí, la masa de basura seguía en el centro del patio.

“Lo más extraordinario de todo es que nadie se preguntó por la otra.

—Espera un momento, ¿había otra montaña de basura? —Muy a su pesar, Cristina formuló esta pregunta mientras trataba de recordar si en algún momento de aquella alocada historia se había mencionado una segunda dificultad. ¿Podría ser que su “amiga” estuviera inventando a medida que hablaba?

—Sí, había otra, solo que no nos dimos cuenta de ella sino hasta la segunda semana. Estaba ubicada en un rincón de nuestro lado de la frontera. Así de habitual se estaba volviendo convivir con la basura. El descubrimiento se dio lugar en la época en que las moscas y las enfermedades se estaban volviendo algo terrible de sobrellevar. Ya algunos estudiantes en el recreo intentaban hacer algo arrancando pedazos de basura del muro que conocíamos. Cuando una avalancha sepultó a dos de aquellos valientes, tales iniciativas fueron dejadas de lado. ¡Oh, qué cara has puesto! Te asusté. No te preocupes, logramos sacarlos sanos y salvos... bueno, no tan sanos; ese día llegaron a casa enfermos.

“Entonces, en medio del desespero, en busca de soluciones prácticas y seguras, notamos el rincón del que te hablé, cubierto parcialmente con las ramas de los altos árboles que le acompañaban a cada lado. Tan alto y compacto como el otro. Varios nos acercamos al lugar, con precaución, casi susurrando entre nosotros. Uno de mis compañeros de clase gritó: *¡Es la entrada al preescolar!* Casi gritamos nosotros también. Esos pequeños niños no tenían otra salida que ese pasaje de árboles; quería decir que llevaban quién sabe cuánto tiempo atrapados por la basura que habíamos dejado los “grandes” a su entrada. Y, por si fuera poco, estaba el sonido.

Procurando esconder cualquier dejo de sincera preocupación por la suerte de los pequeñuelos, Cristina rompió nuevamente su silencio:

—¿Sonido? ¿De dónde? ¿Del preescolar?

—Así es. Era como un golpeteo, como un martilleo, aunque no podíamos asegurar que se trataba de un mar-





tillo. Era parecido a algo hueco golpeando otra cosa hueca. Sería difícil decir a qué sonaba; solo te garantizo que era constante y hasta rítmico, sin ser música. En los recreos la mayoría nos quedábamos observando aquel terrible obstáculo, oyendo el misterio y haciendo hipótesis entre nosotros acerca de qué podría estar sucediendo.

“Recuerdo bien que era el inicio de la tercera semana y a la hora del almuerzo sucedió lo imposible.

Cristina no preguntó esta vez. Cierta brillo en su mirada era lo suficientemente apremiante para que la narradora prosiguiera.

—Primero percibimos súbitamente que el sonido cesó; ya nos habíamos acostumbrado al golpeteo y ese súbito silencio nos aterró. Luego, el prado vibró bajo nuestros pies. Retrocedimos como si así quisiéramos calmar la tierra. De nada sirvió. El temblor se hacía cada vez más fuerte. Algunos corrieron en pánico tropezándose entre sí. Otros pocos guardamos la calma y fijamos nuestra atención en la entrada al preescolar; fuera lo que fuera, presentíamos que la fuente del caos venía del otro lado y que pronto obtendríamos las respuestas que requeríamos para ganar algo de tranquilidad.

“Un niño de tercero señaló con el dedo y dio un pequeño chillido cuando un plato de plástico aterrizó a pocos centímetros de sus pies. Los demás levantamos la vista y desconcertados asistimos a la caída de otros elementos de la montaña artificial. ‘Avalancha!’, aulló alguien. Entendimos con el corazón latiéndonos a toda prisa. No hubo necesidad de hablar; en grupo, tal cual la coreografía de un baile, dimos media vuelta y corrimos, corrimos tan rápido como podíamos, alertando a quienes se encontraran a nuestro alcance, girando la cabeza de vez en cuando hacia atrás para cerciorarnos de que la masa monstruosa seguía en su lugar aún y que no se estaba precipitando sobre nosotros.

“Al encontrarnos a una distancia que calculamos segura nos detuvimos jadeantes. Giramos, listos para ser testigos de algo nunca visto... y así pasó, aunque no fue lo que esperamos. Sí se derrumbó gran parte de la montaña de suciedad, pero desde adentro de ella, y lle-





vándose consigo gran parte de la basura, salió lentamente otra cosa, casi igual de grande. Nos asustamos. No esperábamos eso. ¿A qué nos enfrentaríamos ahora?

“El nuevo misterio, junto con la basura que llevaba por delante, se acercó a nosotros. La sorpresa nos tenía clavados en nuestros lugares. Pude observar, a medida que se acercaba, que aquello no caminaba: rodaba, como si tuviera ruedas. No era un monstruo, era un vehículo. Se detuvo a pocos metros de los testigos y fue claro que se trataba de una especie de retroexcavadora llevando un gran montón de desechos en su cucharón delantero... ¿sabías que esa especie de pala ancha con que esas máquinas recogen tierra se llama cucharón? Yo no lo sabía hasta que después de eso me propuse a investigar en Internet. La mar de cosas que uno puede...”

—¿De dónde salió una retroexcavadora? —le interrumpió Cristina en el límite de su paciencia—. Según lo que cuentas, venía del preescolar, donde asumo que no debía haber maquinaria pesada transitando con los niños.

—En eso tienes razón, no se estaba haciendo ninguna construcción en ese sector. Así que tu pregunta nos la hicimos todos mientras rodeábamos el vehículo tratando de hallar la solución al enigma. Lo primero que no tenía sentido era que la retroexcavadora no estaba hecha de metal, ni las ruedas mostraban su color negro característico. Todo era una mezcla de partes de madera y plástico. Comenzamos a distinguir en cada parte algo conocido. Las risas de los pequeños niños que salieron del preescolar desviaron nuestra atención; cada uno llevaba una caja, ya fuera de madera o de plástico, se distribuyeron estratégicamente delante de lo que quedaba de su montaña de basura y se dispusieron a limpiar echando todo lo que podían en sus contenedores. Los pequeños sonreían entusiasmados por la tarea.

“El conductor de la retroexcavadora bajó para reunirse con sus compañeros. ¡Era otro niño de preescolar! Le dimos otra mirada al vehículo y pudimos identificar en su construcción restos unidos de pupitres, bloques de juego, bambú, crayones, carritos de plástico, muñecos de felpa... Cordones de zapato y moñas para el cabello man-





tenían la estructura firme. ¡Nos sentimos avergonzados! A la vez que nosotros intentábamos convivir lo mejor posible con la basura, ellos ocuparon su tiempo en construir, con lo que tenían a disposición, una solución para escapar de la prisión en la que estaban; más aún, nosotros allí alelados, inmóviles, y ellos recogían gustosos la basura. Hasta tenían las cajas pintadas de colores para separar los residuos. Claro que debieron tener ayuda de su profesora, pero eso es lo de menos: estos pequeños nos demostraban que estaba en ellos la disposición por hacer el trabajo que nosotros debimos hacer; por mejorar una situación que nosotros provocamos.

“No tardamos en unirnos a ellos y trabajar hombro a hombro. Con ayuda de la improvisada retroexcavadora tumbamos la otra horrenda estructura que nos separaba y nos envenenaba. Fue un día largo e inolvidable. No nos detuvimos hasta que todo el colegio quedó limpio.

“Después de eso nadie volvió a tirar ni una migaja al piso. Muchas familias donaron tarros para la institución. Las moscas se fueron, los enfermos regresaron. Las cosas volvieron a ser como debían ser.

—¿Cómo fue que los padres de los pequeños no se aparecieron en el colegio antes?

—¡Esa es una muy buena pregunta! Eres una chica muy perspicaz, me caes bien. Posteriormente nos enteramos de que su maestra se había comunicado con los papás pidiéndoles paciencia y garantizándoles que los niños estaban bien. Era muy persuasiva. Casi que lo vendió como una pijamada educativa. Si te preguntas qué comían, pues recuerda que en su zona hay muchos árboles; los frutos de estos y su proyecto de huerta evitaron que sufrieran por falta de alimento.

—Tienes una respuesta para todo —replicó Cristina, frustrada por no haber logrado demostrar que su interlocutora era un fraude.

—Al menos para lo que preguntas. Pero, ¿entendiste? Al final todo se solucionó cuando a la gente empezó a importarle. Eso puede cambiar muchas cosas—. Alejandra se levantó y siguió hablando mientras se iba—. Recuerda que dejaste algo debajo de tu banco.

Cristina no se fijó en qué dirección se alejó su moles-





ta acompañante. Lo que le importaba era que se había ido, por fin. Se quedó un rato mirando sus zapatos sobre el césped; desde allí fue ampliando su panorama hasta abarcar todo el terreno del patio. Estaba limpio.

No se había creído la historia de la montaña y la retroexcavadora. Era imposible.

Tomó la caja de jugo que había tirado y se quedó observándola. ¿De verdad era muy significativo si ella dejaba o no una pequeña bolsa? No lo parecía a simple vista. ¿Qué diferencia haría?

Poco antes de sonar la alarma que indicaba el final del recreo, Cristina ya había caminado hasta el grupo de contenedores de basura. Dejó caer sus residuos en el indicado según le habían enseñado en el anterior colegio. Parpadeó como si acabara de despertar abruptamente de un sueño. Desde que había llegado a ese lugar, aquel acto era el primero que había hecho pensando en algo más que en sí misma.

Después de muchísimo tiempo, ahora algo le importó.

Apenas sonó la alarma salió corriendo a toda prisa. Como si se hubiese asustado de sí misma.

•





Enero 18.

La historia del monstruo blanco

*E*se jueves comenzó con una pesadilla. Al despertar, Cristina no podía recordar el sueño que casi se le escapa a través de un grito. Tenía que ver con sus padres, tenía que ver con ella, tenía que ver con la soledad, tenía que ver con una oscuridad que deseaba ahogarla... No, lo mejor era no recordar. Inútil, dado que el ver a su madre antes de salir a esperar el bus le devolvía la desazón. Eso y el vacío de la llamada telefónica que su padre no hizo la noche anterior; una promesa rota.

Apenas entró al pasillo principal del colegio, el ruido de la gente golpeó sus oídos, como no lo había hecho en toda la semana. Era abrumador; hacía que el propio caos que oprimía su mente y corazón se recogiera de forma dolorosa. Deseaba estar sola, completamente sola. ¿Cómo lo conseguiría? Se sintió como un animalillo del bosque buscando refugio de posibles depredadores. Se abrió paso con la cabeza inclinada hacia abajo esperando que sus pies, por ins-





tinto, le llevaran a algún refugio. Sintió que empujó a algunos estudiantes en su camino, pero no se detenía, no pedía disculpas, tan solo continuaba con su frenético escape.

Estrellarse de nuevo con un cuerpo un poco más alto que ella la hizo reaccionar. Era una de las chicas que siempre estaban rodeando a Isabella; incluso notó que de nuevo tenía a su compañera de salón agarrada bruscamente por el brazo. Isabella pareció querer decirle algo, pero fue empujada hacia atrás por su captora, quien se interpuso entre las dos niñas de quinto grado:

—¡Fíjate por dónde caminas! Que andes por ahí hablando sola no te da el derecho de molestar a los demás.

Cristina muy hábilmente evitó que la otra aferrara su brazo y se perdió entre la masa de entes ruidosos. ¿Qué era eso de estar hablando sola? ¿Por qué el gesto de Isabella volvía a serle familiar? Apretó los puños hasta que estas incógnitas pasaron a un segundo plano; ya suficiente tenía con su pesadilla y con su vida. Para el caso, ambas cosas se le hacían lo mismo.

Tuvo suerte. Largas hojas de plástico colgantes y unas cintas amarillas cerrando el paso hacia un ala del edificio fueron indicadores suficientes para considerar que había encontrado lo que buscaba. Se fijó en que no hubiese testigos, se agachó por debajo de las cintas y con agilidad sorteó las cortinas plásticas, internándose en un pasillo oscuro cuyo olor solo podía indicar que había una construcción en progreso.

La luz se filtraba por una serie de tragaluces a lo largo del camino. Lo único que temía era encontrarse con un adulto que le reprendiera por estar allí, aunque no percibía ningún sonido que indicara que no estaba sola. El piso estaba cubierto por una fina capa de polvo de cemento; una serie de andamios hechos de tubo y madera a veces hacía dificultoso el paso. De pronto, se quedó sin aliento cuando llegó a un amplio atrio circular cuyo cielorraso era una bella cúpula con grabados que no lograba identificar. En el extremo opuesto a ella, el plástico parecía cubrir toda una sección de pared que de inmediato llamó su atención.

Se acercó con paso lento, entre nerviosa y emociona-





da. Algo tras el plástico parecía llamarla, invitarla, recibirla. Así mismo debió sentirse Ulises cuando escuchó el canto de las sirenas. La diferencia es que él tuvo el buen juicio de hacerse amarrar previamente.

Sin pensar en consecuencias, guiada por el misterioso llamado, arrancó el plástico con ambas manos y saltó hacia atrás para no quedar atrapada en aquella improvisada cortina semi transparente. Se quedó sin aliento. Frente a sus ojos se presentaba la más hermosa y extraordinaria obra de arte que jamás hubiese visto antes en su corta vida. Era difícil de abarcar, de describir; se trataba de un paisaje lleno de numerosos personajes y situaciones. Era como un collage pintado de una manera tal que a pesar de la extraordinaria mezcla se conseguía una sensación de unidad. Con los ojos muy abiertos, acercó su rostro a la pared que servía como lienzo y fue fijándose en cada detalle de la maravilla. Duendes bailando alrededor de un árbol sagrado recibían luz y sombra de una galaxia en espiral que parecía ser la cancha de fútbol de dos equipos locales; una bruja volaba en su escoba por encima de la torre Eiffel mientras un grupo de robots se dirigía hacia una aldea que albergaba en su plaza hombres de las cavernas, dioses griegos, caballeros medievales, comisarios del viejo oeste, niños haciendo una ronda. Y más, mucho más.

Aun cuando uno podría quedarse todo un día descubriendo nuevas escenas, había algo que era imposible pasar por alto y que constituía un enigma aún mayor a la existencia de esta obra de arte. Casi en el centro de la pared había un círculo perfecto... y vacío. En medio de todo ese color y vida artificial sobrevivía un oasis de nada. Caminó hacia él para estudiarlo con mayor detalle, aunque no ofrecía algo para detallar. ¿Qué había pasado? ¿Por qué este círculo? ¿Qué pudo haber obligado al extraordinario artista a dejar inacabado su trabajo? Haciendo un cálculo rápido, el radio de la circunferencia no podía ser más de diez centímetros. Luego, encontró muy cerca de ese hoyo blanco una banda de músicos, a todo color, que tocaba animadamente; las notas que salían de sus instrumentos terminaban rodeando el círculo vacío.

—Difícil de ignorar, ¿cierto?





La inesperada voz, amplificada por el eco que rebotaba en la amplia estancia, casi hace caer de espaldas a Cristina.

—¡Oh, perdóname! No quise asustarte —se disculpó Alejandra con verdadero gesto de pena.

Cristina apretó los labios. Quería soltarle algo, gritarle cualquier cosa. No lo hizo. Le dio la espalda y comenzó a caminar a paso rápido volviendo sobre su propio rastro.

—¡Ey, no te vayas! A menos que no quieras que te cuente la historia tras el círculo blanco.

La fugitiva frenó su carrera. Se reprendió a sí misma por este momento de debilidad; después de todo, ¿qué le ofrecía aquella niña entrometida? Otra historia, nada más. Debería irse y ya. Ignorarla. ¿No era este el plan original desde el principio?

—¿Vas a contar otra fantasía sobre montañas de basura y preescolares haciendo retroexcavadoras?

—Te prometo que me limitaré a hablar del pintor y de cómo llegó a realizar este extraordinario mural... y el porqué decidió dejar un espacio sin color. —Alejandra sonrió al observar que la otra giró para encararla—. Eso es. Deja de fruncir las cejas y ven a sentarte junto a mí. —Con gran habilidad, propia casi de un mago, tomó con sus dos manos un amasijo de plástico a pocos metros de la pintura y lo retiró velozmente dejando a la vista no solo una tenue nube de polvo sino un par de sillas de madera.

Cristina no pudo evitar toser en reacción a las partículas blancas que parecían inundar el ambiente; a esto se le sumó el malestar de notar que a su “amiga” parecía no afectarle el aire insalubre. Tapándose la nariz y la boca con su palma se dirigió como a regañadientes hacia la silla que Alejandra, ya sentada, le señalaba golpeando juguetonamente sobre la parte superior del espaldar. Al tomar asiento, se arriesgó a destapar sus vías respiratorias y se sintió aliviada de respirar con normalidad.

—El pintor de la obra se llamaba Felipe —comenzó Alejandra, con aire ensoñador sin quitar la vista del mural—; era un chico de quinto grado, como tú. Solo que al inicio no pintaba, ni hacía algún arte, era de los





que se entretenía buscando pleito con todos y no había una semana en que no le enviaran donde el director por haber protagonizado, e iniciado, una pelea. Por todo esto no tenía amigos; aunque a él parecía importarle poco esa cuestión. Siempre estaba solo, mirando mal a quien se encontrara, con los puños listos para partirle la cara a quien osara atravesarse en su camino.

—¿Te estás burlando de mí? —le interrumpió Cristina, sintiéndose aludida. No le quitaba la mirada de encima a su interlocutora, por si captaba algún gesto que corroborara su sospecha.

—¿Por qué crees eso? Te estoy contando la historia de Felipe, tal como lo prometí. Sí, ya sé que te gusta estar sola y mirar como si tuvieras una discusión con el mundo entero; pero te aseguro que me estoy refiriendo a otra persona. ¿Satisfecha? ¿Sí? ¿Algo? Bueno, déjame seguirte contando y descubrirás que el relato tiene un giro inesperado que nada tiene que ver contigo.

“Como te estaba diciendo, este Felipe era un caso bastante difícil. Y un día cualquiera sus pasos le llevaron justo frente a esta gran pared, blanca en esa época, que se alzaba ante él como una inmensa montaña nevada que valía la pena escalar.

“En esa época, todo este sitio era una especie de intersección entre pasillos, como una gran estación de trenes tragando y expulsando pasajeros. En medio de todo este torbellino la gran muralla se elevaba imponente y desafiante ante el ojo que tropezara con su inmaculada blancura. Por eso Felipe se interesó en ella, por el desafío que implicaba. Se veía como el contrincante que aquel gigante pedía a gritos inaudibles para los demás estudiantes.

“Ese día fue paciente, como jamás lo había sido. Esperó a que transcurriera el día. Al final de la jornada se las arregló para ser el último en salir, de tal manera que se encontrara con esta especie de atrio completamente solo. No había profesores ni guardas a la vista, así que dio inicio a la tarea que se había propuesto. Tiró su morral al suelo y sacó de él varios tarros de pintura que había tomado de la clase de arte hacía un par de horas, al igual que un par de pinceles de distinto grosor.





—¿Ensució la pared?

—Yo no diría ensuciarla; aunque él creía que sí lo estaba haciendo. Cuando se escabulló al final esa tarde hacia su casa dejó plasmada en la superficie blanquecina una hermosa y visible rosa. Era un poco más alta que Felipe. La verían desde lejos y se preguntarían desconcertados quién habría sido capaz de algo así. Y él se reiría de ellos, se sentiría poderoso en las sombras. Los atacaría de la forma más inesperada: manchando aquella soberbia pared blanca.

“Parecía odiarla. Sin saber la razón. Solo estaba el sentimiento.

—¿Qué pasó al otro día? —Cristina se sentía enganchada con la narración. Al menos era más creíble que la anterior.

—La verdad, nada. Al regresar Felipe a su escena del crimen descubrió que su flor había desaparecido.

—¿Cómo? ¿Alguien había pintado sobre el grafiti?

—Cuando Felipe se acercó a la pared olfateó y palpó la superficie; corroboró que no había rastros de pintura fresca. Simplemente la flor se había esfumado.

—Eso es absurdo —interpeló Cristina, sintiendo que regresaba a ella el recelo por esta niña que parecía tener la tendencia a inventar coloridas fantasías—. ¿Qué estás queriendo decir? ¿Qué se marchitó y murió? ¿Que alguien la arrancó?

—Fue mucho peor que todo eso junto. Al bajar la mirada, nuestro artista conflictivo vio en la parte más inferior de la pared una especie de mancha negra. Se acuclilló y encontró, como si estuviesen pintados, los restos de la rosa que había dibujado. Reconoció los contornos de las hojas y los pétalos, amontonados y ultrajados como si un animal hubiese pasado y se hubiese dado un festín con la planta.

—¡Alto ahí! ¿Estás insinuando que...? —Cristina se quedó sin palabras. ¿De qué valía tratar de imponer argumentos cuando la otra parecía haber perdido la cabeza?

—En este punto no estoy insinuando nada, solo te cuento lo que vio y lo que sintió. Para él también fue extraño. De esta manera, volvió a esperar a que todos





se hubiesen ido y en la complicidad de la soledad volvió a atacar a la pared con “sus” pinturas y su pincel. En esta oportunidad dibujó una docena de rosas dispersas lo más posible en el espacio que tenía.

“Sin embargo, al día siguiente volvió a encontrar los restos de su obra amontonados como si fuesen una mugre natural plasmada en la arquitectura. Él era el único que lo sabía, que lo notaba. Entonces entendió que su antipatía hacia la pared era fundada, que existía un verdadero enemigo que le llamaba a la batalla. Esa mañana algunos estudiantes dirían a sus profesores que vieron a un niño casi tambaleante mirando con fijeza la pared del atrio; que el chico en cuestión hizo una caminata hacia atrás como si buscara abarcar con su mirada toda la extensión de la estructura. Nadie se enteró de su descubrimiento.

—¿Qué descubrió? ¿Que necesitaba un psicólogo?

—Eres graciosa. No. Supo que no estaba solo en esto. Aquella pared era el hogar de un monstruo, una criatura blanca y vacía que se tragaba todo a su paso. Oculta a la vista de todos. Así que decidió aceptar el reto y enfrentarse al poderoso enemigo.

“Como de costumbre, dejó que cerrasen el colegio y puso manos a la obra. Con ayuda de una silla que encontró por allí para alcanzar algo de altura, ilustró un inmenso y temible dragón, con dientes afilados y apariencia fiera. Eso debía ser suficiente para hacerle frente al monstruo blanco. Al llegar a su casa esa noche se acostó satisfecho sintiéndose el vencedor de una guerra épica.

—¿También se comieron al dragón? —La pregunta de Cristina tenía varias emociones encontradas. Había en ella algo de sincera preocupación, a la vez que un toque de impaciencia y una pizca de burla.

—Supongo que eso hubiera sido bastante asqueroso. Al otro día el dragón estaba muy vivo, pero no donde lo había dejado Felipe. Ahora se encontraba acurrucado en un rincón de la pared, hecho un ovillo, atemorizado. Los estudiantes contemplaban la inesperada pintura con el interés propio de turistas en visita guiada a un museo. Al artista le tocó escuchar palabras de admiración sobre su obra; la verdad era la primera vez, hasta donde podía





recordar, en que alguien tenía palabras agradables para él. A pesar de ello, en ningún momento se descubrió; deseaba seguir dando la pelea, cubierto con el manto del anonimato.

“Ese día no se quedó en el colegio. Llegó temprano a casa y en una hoja suelta de papel diseñó a lápiz un plan infalible para destruir a su enemigo de una vez por todas. Durante la jornada siguiente tomó del salón de arte más tarros de pinturas de todos los colores. A la hora de la salida, se agazapó en su escondrijo esperando con impaciencia que todos se fueran y que el guarda hiciera la última ronda. Miraba su reloj de pulsera a cada tanto; su ataque requeriría de un buen aprovechamiento del tiempo, para que no se preocuparan en casa por su llegada tarde. Cuando se sintió seguro salió de su escondite y se dispuso a la ardua tarea que le esperaba. No sin antes arrastrar hasta allí la escalera de mano del jardinero, que había localizado previamente en un pasillo.

“Solo grandes maestros del arte como Da Vinci o Miguel Ángel pudieron saber del nivel de concentración, esfuerzo, locura y creatividad que Felipe desplegó en su ataque pictórico. Su mano se convirtió en una varita mágica de su cerebro, haciendo aparecer de la nada personajes y paisajes asombrosos. El plan consistía en llenar todo; ahogar al monstruo. Por eso tantos paisajes y pueblos de diversa naturaleza. Por otro lado, debía evitar un contra ataque; así que dispuso de manera estratégica grupos de combatientes que le ayudasen a detener cualquier intento de avance de su enemigo: desde Ulises con sus marineros hasta caballeros medievales; desde guerreros zulúes hasta brujas que desde sus escobas lanzaban hechizos; incluso, hizo su aparición una tropa de robots del futuro equipados con armas láser.

Había que admitirlo. Si le quitabas a la historia lo del monstruo en la pared, pensaba Cristina, quedaba el talento de un joven que había hecho en una noche algo extraordinario. Ahora veía la obra con nuevos ojos. Dentro de ella un sentimiento sin nombre le invadió; algo que le cortaba el aire, que le forzaba a sonreír, que la hizo sentir en paz. Hasta que la nube tormentosa de una duda ensombreció su rostro y su alma, nuevamente:





—Espera un momento. Pero no capto en la pintura esa agresividad de la que hablas. Además, según te entendí, el plan era llenar todo de color. ¿Cómo se explica el círculo vacío?

—Para la primera pregunta, ten un poco de paciencia. Para la segunda, claro, eso no estaba en el plan original, como te conté. Verás, Felipe fue pintando desde los bordes hacia el centro, para acorralar a la bestia, dejarle sin escapatoria. Reduciría el espacio hasta sacarla de su existencia. Cuando le quedaba el círculo que acabas de mencionar, lo contempló en silencio por un largo rato y luego con cabeza fría, sudando y cansado, se dio cuenta de que ya no sentía odio; al contrario, lo embargaba una sensación de lástima por el monstruo, cercado por seres que le querían lastimar, atemorizado, sin entender por qué todos esos personajes estaban contra él. Como él mismo se sentía todos los días.

—¿Por eso lo dejó intacto? —esta vez la pregunta de Cristina nacía de un honesto interés por el giro inesperado que había tomado la historia.

—Más que eso, amiga. Volvió a tomar el pincel y con una delicadeza recién hallada en él mismo transformó los soldados de infantería, que habían terminado rodeando el vacío, en toda una banda musical tocando una melodía que solo podía ser percibida por el autor y por la criatura a quien iba dedicada. Deseaba que aquel ser, al que alguna vez llamó monstruo, se sintiera tranquilo, feliz, querido.

“En estas reflexiones estaba cuando escuchó los pasos del guarda que se acercaban. Huyó dejando tras de sí los botes de pintura y la escalera. Saltó a través de la ventana de siempre y corrió de regreso a casa. Está de más decir que le costó dormir esa noche; sus pensamientos estaban en el atrio, con la pared.

“Al día siguiente volvió al colegio sintiéndose distinto. No podía explicarlo; algo había cambiado en él y no estaba seguro de qué se trataba. Sus pasos le llevaron sin pensar al atrio. Allí definitivamente algo había cambiado. Un gran número de estudiantes y profesores se congregaban a lo largo y ancho del recinto, haciendo que la movilidad por el lugar fuera difícil. Un murmu-





llo generalizado llenaba el espacio y las miradas no se desprendían de la pared. Felipe se abrió paso como pudo sin querer escuchar nada de lo que decían. Pudo llegar al frente de la multitud, cara a cara con su propia obra, que permanecía intacta, tal como la había dejado la noche pasada. Solo entonces se dio la oportunidad de atender lo que salía de los labios de la congregación. Todos, sin excepción, expresaban admiración por la obra, con toda la variedad de adjetivos que podrían caer en unos espectadores expuestos a algo que jamás habían visto en su vida; además, se preguntaban por el autor de tal maravilla, desviviéndose en elogios por el desconocido o desconocida que había sido capaz de crear el portento de líneas y color.

“Era extraño para Felipe. Que se acordara, nadie había hablado tan bien de él en mucho tiempo. Sin embargo, no se atrevía a reclamar la autoría sobre la pintura; después de todo, lo había hecho rompiendo varias reglas del colegio. Se metería en nuevos problemas.

“Estaba resuelto a retirarse en silencio hasta que uno de los estudiantes presentes hizo notar en voz alta el espacio en blanco que se había dejado en la pintura. No solo eso. Ese chico impertinente se atrevió a salir de la multitud con un marcador en la mano dispuesto a llenar el vacío con su propia producción artística. Por la sonrisa socarrona que esbozaban los labios del improvisado dibujante, Felipe dedujo que sus motivos no eran para nada estéticos.

“Así que el protagonista de nuestra historia de un solo salto se plantó entre el asombrado chico del marcador y la criatura blanca que requería de su protección. Justo en ese instante, la directora del colegio, en ese entonces la señorita Franco, salió de entre la gente apiñada y se quedó de pie alternando su atención entre la pared, el chico del marcador y el otro chico que inesperada y sospechosamente se plantaba en defensa de la pintura, o del espacio sin pintura para ser concretos. Con fruncir el ceño la señorita Franco no necesitó hablar para hacer la pregunta de qué estaba ocurriendo allí. Felipe asumió que debía correr un riesgo si quería preservar no su obra sino la integridad del ser que se guarecía en





medio del color. ‘Yo fui, señorita Franco’, dijo el chico haciendo esfuerzos para sostenerle la mirada al adulto, para transparentar orgullo frente a lo que hizo, a pesar de las transgresiones de la norma en que incurrió. ‘Yo fui el que hizo la pintura. Si quiere puede expulsarme, pero, por favor, no deje que alguien toque el espacio en blanco. Por favor’. Creo que era la primera vez que pedía un favor.

“Para sorpresa de todos los que le conocían, Felipe lloró, sin dejar de mirar a la directora, sin mover su cuerpo lejos de aquel vacío por el que luchaba y se arriesgaba. La señorita Franco se acercó al niño y de manera casi maternal le abrazó con fuerza, permitiendo que las lágrimas del estudiante le humedecieran su elegante vestido. ‘¡Ya lo escucharon!’ La voz autoritaria de la directora retumbó por el recinto, a pesar de tener su cabeza aún inclinada sobre la de Felipe. ‘¡Nadie va a rayar esa pared, nadie se va a acercar a ella, a menos que se quieran meter en problemas! ¡Ahora, a clase!’ No tuvo que repetir la consigna; estudiantes y profesores se disgregaron por los diferentes pasillos algunos en silencio, otros hablando en susurros sobre aquello tan extraño que acababa de suceder.

Alejandra se quedó en silencio un rato, con la mirada ausente, como si estuviese perdida en la escena que recién había narrado.

—¿Qué sucedió después? —Cristina realmente estaba impaciente por escuchar el desenlace de la historia—. ¿Lo expulsaron?

—Claro que no —respondió Alejandra manteniendo su gesto ensoñador—. Realmente lo que había sucedido con la pared le había cambiado. Ya no sentía rabia contra el mundo. Había mostrado una parte de él que nadie conocía y que todos llegaron a apreciar. No solo el talento para pintar, que siguió ejercitándolo en cada momento que pudo (aunque no en las paredes), sino su recién descubierta sensibilidad. Todos le rodearon con su aprecio al igual que él lo había hecho con la criatura blanca.

“Y, como ves, desde entonces la gente respetó tanto la pintura como el espacio vacío que le adorna. Incluso ahora que están remodelando esta sección del colegio





se han hecho todas las gestiones para que la pared continúe intacta. —Alejandra suspiró—: ¿Sabes? A veces odiamos o tememos a lo que no entendemos. Y cuando lo hacemos, descubrimos que el verdadero enemigo siempre está dentro de nosotros.

—Debo admitir que la historia es un poco más cercana a la realidad que la anterior —concedió Cristina—. Solo hay que sacarle la parte fantasiosa del monstruo que comía dibujos.

—¿Dudas de la criatura? Ve y acércate. Si te concentras bien, podrás hasta escuchar la respiración de aquello que duerme al son de la banda musical que le rodea. ¿Qué pasa? ¿No es que no creías? Vamos. Igual, si no oyes ni sientes nada podrás pensar que estoy loca y demostrarme que tú siempre tuviste la razón.

Cristina se levantó de la silla mientras Alejandra permanecía sentada alentándola con su particular sonrisa. No parecía burlarse de ella; la verdad es que la conocía poco, pero hasta el momento todo en Alejandra, fuera de sus locos cuentos, parecía honesto. Por ello se acercó a la pared aun sabiendo de antemano que solo se enfrentaría a un bloque de ladrillos, cemento y pintura.

Se detuvo a un paso de distancia e inclinó el rostro hasta que su nariz percibió un olor que no supo identificar. Tal vez pintura vieja, tal vez polvo de la construcción, tal vez así olían los monstruos. Aguzó sus oídos. Al principio no escuchó nada, luego, algo parecía atravesar cautelosamente la niebla del silencio. ¿Qué era eso? ¿El ruido del colegio que llegaba hasta allí en la forma de un susurro casi inaudible, acompasado, continuo? Como si fuese una respiración. Cristina levantó su mano derecha hacia el círculo que un chico algún día decidió dejar vivir en medio de un paisaje de ensueño. Las yemas de sus dedos extendidos estaban dispuestas a aceptar cualquier cosa, desde una pared hasta piel. ¿Y si la criatura se molestaba por esta interrupción a su descanso?

—¿Qué estás haciendo aquí?

Cristina giró tan rápidamente que sintió un leve mareo. Se recuperó casi al instante imaginando que podía caer de espaldas al interior de la pintura. Más tarde se reprendería a sí misma por el pensamiento tan absurdo,





producto de escuchar sandeces.

—¿No viste las cintas amarillas que prohibían el paso? —El señor Delgado, su profesor, iba acercándose, dejando sus huellas en la capa de polvo que cubría el recinto—. Por ahora es un sitio peligroso. —Contempló, sin detenerse, la pintura en la pared—. Hermoso, ¿no es cierto? Espero que el polvo no lo vaya a dañar.

—¿Cómo me encontré?

El señor Delgado se detuvo y volvió a fijar su atención en ella.

—Fue Isabella; te vio cuando entraste. Estaba muy preocupada por ti. Vamos, no debes estar aquí sola.

—No estoy sola —respondió Cristina un poco a la defensiva—. Estoy con...

Descubrió que su argumento no le serviría de nada, pues Alejandra se había marchado sin decir adiós. Solo quedaba la evidencia de las dos sillas vacías, que a la larga no demostraba nada. Lo mejor sería hacer caso a su maestro sin chistar. Entre menos tuviese que rendir cuentas mejor.

Cuando se acercaba al profesor algo en el piso captó su mirada. Aunque intentó ignorarlo como ya lo había hecho tantas veces esa semana, esta vez hizo lo contrario:

—Tiene los cordones desamarrados.

—Oh, muchas gracias.

Mientras esperaba a que el señor Delgado se diera a la tarea de acomodar sus agujetas, Cristina no pudo evitar seguir mirando el piso, específicamente las huellas que claramente se marcaban sobre él. Eran visibles con claridad las de ella y las del profesor...solamente. No existía un tercer par de pisadas.

•

Esa noche su padre llamó. A través de la línea se disculpó por no haberlo podido hacer el día anterior. Cristina se sintió tranquila. La rabia y el miedo que le había embargado hacía unas horas se había reducido hasta quedar como una lucecita intermitente en el centro de su corazón, que ahora entendía que el amor de papá no





se iba a acabar a pesar de la distancia.

En algún punto de la conversación, se sintió lo suficientemente animada para narrar por teléfono la historia que había oído en el colegio sobre ese otro círculo vacío en medio de un maravilloso mural.

•





Enero 19.

La historia de los problemas de René

Cristina calculó que aún le faltaban 15 minutos para que el bus escolar la dejara frente a su casa; hizo el cálculo al pasar por la tienda de helados cerca al parque de toboganes rojos. El paisaje tras la ventanilla no le era ya desconocido, como en el primer día. ¿Eso era bueno o era malo? Le costaba decidirlo.

Desvió la vista de la ventanilla para darle una ojeada a quienes quedaban en el vehículo: obviamente el conductor con su espalda anchísima; la joven auxiliar que le acompañaba siempre; un par de niños hablando de videojuegos dos asientos delante de ella, y una niña cabeceando, luchando contra el sueño, casi al final de su fila. Tampoco le eran desconocidos ahora; incluso, sin desearlo, había llegado a aprenderse sus nombres. Ignorar al mundo era algo más difícil de lo que uno podía creer.

El que volviese a su mente el recuerdo de Isabella le confirmó esta última idea. Trató de pensar en otra cosa volviendo su atención a la ventanilla. Una estrate-





gia inútil, porque la otra niña insistía en aparecer en su recuerdo.

—¿En qué o en quién piensas? —La voz de Alejandra le sobresaltó hasta el punto de casi dejar caer su maleta al suelo.

Cristina no contestó inmediatamente. Primero miró intrigada a su inesperada acompañante sentada a su lado, luego dedicó unos segundos a buscar puntos en los que pudo haberse camuflado durante todo el trayecto desde el colegio.

—¿De dónde saliste? Tú nunca viajas en esta ruta y no te vi ahora.

—La verdad es que hoy estás algo desconcentrada —respondió Alejandra como si fuese la lógica más lógica del mundo—. A propósito, ¿en qué estás pensando tanto hoy? Nunca te había visto así.

Cristina se quedó viéndola un instante. ¿Por qué esa niña seguía metiéndose en lo que no le importaba? Tuvo la tentación de darle la espalda y cerrar así toda posibilidad de diálogo. Sin embargo, quería sacar de sí misma su preocupación y aquí había casi una desconocida deseosa de escucharla:

—Se trata de una compañera, se llama Isabella. Cada vez que me la encuentro no hace sino mirarme y no me dice nada. Solo se queda ahí como si quisiera decirme algo, pero se queda callada y se va... o se va con otras niñas que siempre están con ella.

—Tal vez sí te esté diciendo algo. —Como en las anteriores ocasiones, Alejandra hizo caso omiso del gesto confuso de Cristina y procedió a explicar—: A veces la gente se comunica de distintas formas. Habrás visto cómo los mudos se comunican con lenguaje de señas, por ejemplo. Cada persona busca la mejor forma de expresar lo que desea decir. Como le pasó al pobre René.

—¿Cuál René?

—Era un niño de cuarto grado. ¿Quieres que te cuente la historia de René y sus problemas? Te aseguro que ilustra muy bien lo que te quiero decir.

Cristina calculó que de todas maneras ya iba a llegar a casa, así que qué más daba.

—De acuerdo, cuéntame la historia.

—¡Esa es la actitud! El primer problema de René fue





con los corazones. —Alejandra salía con frases así, y de la manera más natural; Cristina le concedía que sabía cómo narrar un cuento—. Ese problema comenzó cuando era muy pequeño, mucho antes de ingresar al preescolar. Estaba viendo televisión con su madre, caricaturas para ser precisos, y le llamó la atención la figura que aparecía en los ojos de uno de los personajes masculinos ante uno de los personajes femeninos.

—“Son corazones —le explicó su madre cuando él le preguntó por el fenómeno—. El corazón, así como lo dibujan, es el símbolo del amor”.

“La respuesta se hizo más clara con el transcurrir del tiempo. Y se le convirtió en un conflicto grande cuando pasó a grado cuarto. Específicamente cuando conoció a su nueva compañera de salón, Nancy”.

“El problema de René con Nancy inició desde el primer día de clases en el nuevo grado. Su madre lo dejó en el colegio y el niño tenía muchas expectativas por saludar a sus amigos; en realidad, no había pensado en amigas. Para él las niñas solo sabían hablar de música y jugar con muñecas, no le interesaban. ¿Puedes creer eso? Hay gente que anda por la vida tan equivocada” ...

—Pronto me voy a bajar —le interrumpió Cristina. La verdad, quería saber en qué iba a parar la historia.

—Oh, claro. Mi manía de desviarme. Bien, vuelvo a retomar. La profesora, a quien sus estudiantes apenas conocían de vista, los tenía a todos ya sentados en el salón y les pidió que, en orden, se pusieran de pie y se presentaran. René ponía mucha atención a los nombres de los compañeros nuevos, era como jugar a memorizar sus programas favoritos de televisión. De pronto, se levantó una niña cuyo cabello rubio resplandecía con los rayos de sol que se metían por la ventana, con unos ojos pequeños y de un verde esmeralda que titilaban al igual que el brillo de las estrellas... bueno, René fue el único que notó esto, a los demás niños les parecía una niña común y corriente. Dijo que su nombre era Nancy y que le gustaba leer. ¡Qué suerte, una niña que no hablaba de música o de muñecas! A él también le gustaba leer, así que pensó que podrían conversar en los recreos de los libros que tuviesen en sus casas.





“Cuando le llegó el turno a René, era claro para el niño que debía llamar la atención de Nancy, así que dijo: —Hola, mi nombre es René; me gusta leer... y me gustan las niñas”.

“Fue difícil para todos los presentes, incluyendo Nancy y la profesora, no reír ante tamaña ocurrencia. A pesar del bochorno que sentía, René notó que la niña poseía una sonrisa preciosa”.

—Es una historia muy... melosa —comentó Cristina frunciendo el ceño.

—¿Te parece? A mí me inspira mucha ternura. Espera y verás que hay todo un giro dramático.

“El plan de René funcionó en un principio. Él y Nancy se hicieron amigos, después de que el chico aprendiera a superar el molesto tartamudeo que le aparecía cada vez que iba a hablar con ella. En los recreos compartían la merienda, por lo general junto con otros niños metiches, y se podían pasar el tiempo en conversaciones de libros y revistas. Aunque no era de lo único que platicaban, los temas podían variar de la música y la televisión a las tareas y sus vidas familiares. En la biblioteca se reunían a veces para leer libros en compañía. Nancy era tan inteligente y linda”.

“Un mes después René despertó en la mañana con la seguridad de estar enamorado. Al menos tan seguro de eso como lo puede estar un niño de cuarto grado. No me mires así... En fin, desde ese momento René no hacía sino pensar en Nancy y constantemente se miraba en el espejo para comprobar si en sus ojos se dibujaban corazones como en las caricaturas; queda de más decir que eso nunca pasó. Pero él sabía muy bien lo que sentía por la niña y se asignó como misión hacérselo saber de alguna forma”.

“Ahora bien, no iba a ser tan fácil teniendo en cuenta que el mismo René descubrió que la timidez volvía cada vez que intentaba acercársele para decirle lo que sentía y terminaba balbuceando cualquier otra cosa diferente. Debía encontrar la forma de superar a las palabras para hacerle llegar el mensaje y que le quedara claro a ella”.

“Entonces recordó aquello que dijo su madre sobre el símbolo universal del amor. Si era algo tan universal





ella debía captar la idea apenas viera un corazón entregado por él. Era un plan a prueba de fallas. Una tarde, mientras comían sus respectivas meriendas, René le hizo entrega oficial a Nancy de un gran corazón relleno de crayón rojo, plasmado en el papel más grande que encontró. Lo único que le dijo, o le pudo decir sin tartamudear, fue: —Lo hice para ti”.

“Él aguardó. Incluso se fijó en los ojos de Nancy por si asomaban corazones en ellos. El suyo latía con fuerza y muy en su interior sabía que su acto daría resultado, que ella entendería lo que significaba el dibujo y le diría que ella también sentía lo mismo”.

“—Es muy bonito, gracias —dijo Nancy con una tierna sonrisa. Dobló el papel, lo guardó en el bolsillo de su uniforme y siguió comiendo”.

“René se sintió desilusionado. La niña no volvió a decir nada más del dibujo por el resto de la jornada. ¿No habría comprendido? Tal vez debía recurrir a un plan más evidente”.

“Lo próximo que hizo le valió una reprimenda. Su padre guardaba en el cajón de su escritorio una baraja de póquer, pues le gustaba jugar en casa con sus amigos los viernes y hacía de vez en cuando una magia con las cartas. René aprovechó una tarde en que se quedó con la niñera y se escabulló hasta el escritorio, abrió el cajón sin hacer ruido, destapó la caja en que venía la baraja y sacó todas las cartas que tenían la figura del corazón. Trece en total. Guardó las sobrantes de nuevo en su lugar”.

“Al otro día, en el recreo, René le anunció a Nancy: —Tengo algo para ti.

“Sacó de una bolsa todas las cartas de corazones y se las entregó a la niña, quien simplemente le dio las gracias, guardó las cartas y continuó hablando de otras cosas. Segundo intento fallido.

“Por cierto, su padre no estaba muy contento con él cuando el viernes se suspendió el juego de póquer debido a que faltaban cartas en la baraja. Aunque el regaño no fue nada comparado con los molestos grillos.

—¿Grillos? ¿Qué grillos? ¿Qué tienen que ver los grillos? —Cristina estaba confundida; incluso temió que





en algún momento se hubiese desconcentrado y perdido parte de la historia que se estaba narrando.

—Ya voy a explicar, tranquila. El problema de René con los grillos comenzó el lunes después de estar castigado ese fin de semana por lo que había hecho con las cartas. Se acostó temprano y muy triste; por un lado, su padre estaba bastante molesto, por el otro, Nancy parecía ignorar sus sentimientos.

“Justo antes de dormirse el grillo inició su chirriante canto. René se sentó en la cama sobresaltado, nunca se habían metido grillos en su pieza. Luego se asustó; por lo alto del volumen pensó que este animal debía tener la talla de un hipopótamo. Encendió la luz de la lamparita de su nochero y comprobó que al menos no se trataba de un monstruo gigante. ¿Dónde estaba el grillo?

“Buscó por todos los rincones del cuarto y no encontró absolutamente nada. El grillo seguía cantando, si a eso se le puede llamar cantar. Bajó a la sala a informarle a su madre, quien subió presurosa y ayudó con la búsqueda del animal. Tampoco lo logró. Ella le dio un beso a su hijo y le aseguró que no era grave, que volviera a acostarse.

“René hizo lo que le aconsejó su mamá, pero el ruido del insecto penetraba en sus oídos de forma ensordecedora. Tardó mucho en lograr quedarse dormido, incluso después de cubrirse las orejas con la almohada. A la siguiente noche su madre le aseguró que había encontrado y llevado al grillo afuera de la casa. Sin embargo, al irse a dormir René volvió a escucharle. O era el mismo que había vuelto, o era otro. De igual manera era molesto. Y lo mismo pasó durante varias noches seguidas.

“René estaba desesperado, los problemas parecían juntársele en igualdad de proporción.

“Por ejemplo, una mañana, en el recreo, le regaló a Nancy un gran corazón que había recortado en cartulina y forrado con papel silueta rojo. Ella estaba leyendo, sentada en un banco, un libro que había sacado de la biblioteca desde hacía varios días.

“—Gracias —dijo ella. Como no lo pudo guardar en el bolsillo, porque se dañaría si lo doblaba, lo introdujo entre las páginas del libro y continuó con su lectura.





“Esa noche en su cama, René imaginaba su corazón, el de cartón para ser exactos, tal vez olvidado por allí, y se puso muy triste. Esa noche el grillo de turno arrancó con su canto como lo habían hecho sus predecesores las últimas noches; porque estaba seguro de que siempre era uno distinto. Al fin René había conseguido acostumbrarse al ruido y dormir sin necesidad de cubrirse con la almohada. Pero esta vez fue diferente.

“De improvviso, se escuchó otro chirrido diferente; definitivamente había un segundo grillo. Luego otro, y otro, y otro más. En un momento René imaginó que la orquesta filarmónica de grillos estaba completa en su cuarto, así de alto y variado sonaban esos animales no invitados. Pobrecito. Tuvo que recurrir otra vez a la estrategia de la almohada para conciliar el sueño.

“Una mañana de clases, después de varias noches, después de haberse acostumbrado a todos los grillos del mundo y de fallar en cada entrega de corazones a Nancy, René se fijó apenas entró al salón que todos estaban ahí, menos ella. Trató de calmarse asumiendo que quizás se le había hecho tarde, esas cosas le pueden pasar a cualquiera.

“Su teoría se vino abajo en el instante en que la profesora les hizo saber una catastrófica noticia; bueno, René fue el único que lo percibió así, al resto de los compañeros les daba igual. Los padres de Nancy se trasladarían a otro país y, por ende, la niña también, así que Nancy no volvería al colegio nunca más.

“René volvió a casa ese día con el ánimo bajísimo; ni siquiera le alegró saber que su madre al fin había encontrado y sacado todos los grillos de su cuarto. Comió muy poco, su estómago parecía haberse achicado y en la noche casi no pudo dormir, porque no había grillos al menos para arrullarle. Se había ido Nancy. Y se habían ido los grillos.

“Con el paso del tiempo René se sobrepuso a la pena por la pérdida de Nancy, aunque no la había olvidado y todavía hacía y dibujaba corazones para ella. Obras que terminaban en una caja que había escondido en su clóset.

“Y estaba el misterio de los grillos. Ni uno solo volvió a aparecerse en su cuarto. ¿De dónde habían salido? La





curiosidad por resolver la solución a este enigma, que se convirtió en una bien recibida distracción de su tristeza, lo motivó a estar pendiente de programas de televisión y a leer libros, para niños y para grandes, que trataran sobre estos animalitos. Hasta que su búsqueda le llevó a la biblioteca del colegio. ¿A que no adivinas qué encontró ahí?

—¿Un libro sobre grillos? —contestó Cristina de manera inmediata sin tener tiempo para reflexionar mucho.

—¡Claro que un libro sobre grillos! Pero no cualquier libro, sino que reconoció en él, por la forma y color, al que Nancy había estado leyendo durante los últimos días, ¿recuerdas? En el que ella había guardado uno de sus corazones. Te imaginarás que lo primero que hizo fue hojearlo para descubrir que su regalo no estaba allí. Tardó un poco en relacionar la gran coincidencia que había entre los grillos que aparecían en la noche y el libro que Nancy leía. Cuando ambos factores se conectaron dentro de su cerebro, corrió a pedir en préstamo el texto. Esa noche, antes de dormir, repasó cada una de las páginas y examinó cada una de las ilustraciones con la dedicación de un detective buscando las pistas para resolver un crimen. Casi grita de entusiasmo cuando leyó en la página diez el apartado sobre datos curiosos.

“Según lo que se explicaba, los grillos producían su chirrido característico como serenata a sus parejas. René no sabía si esto era cierto, pero estaba ahí, en ese libro; un libro que, así como lo leyó él, lo leyó Nancy. De esta manera ya no parecía coincidencia que los insectos no volvieran después de la partida de Nancy.

“René fue atando cabos muy emocionado. Nancy sí había entendido el mensaje de los corazones, el tonto que no había entendido nada era él, al no ver en el canto de los grillos —que seguramente Nancy le metía en su maletín— la serenata de una niña que también buscaba responder a los mensajes de ese niño que le traía corazones.

“Y su corazón, el de verdad, saltó feliz. Nancy estaba enamorada de él.

Cristina esperó que la narradora siguiera, pero no fue así.

—¿Qué pasó? ¿Logró volver a verla? —No podía creer que la historia quedara inconclusa.





—Lo último que supe fue que René se propuso seguir estudiando muy juicioso para llegar hasta la universidad, trabajar y ganar dinero para buscar a Nancy. No pudo averiguar su dirección, pero asumía que cuando fuera grande le sería más fácil hacerlo. Decidió adoptar un grupo de grillos para mantener vivo el recuerdo. Y dejó por completo de hacer corazones, pues estaba claro que la próxima vez que la viera, no importaba a cuantos años de distancia, le diría con palabras, sin tartamudeo, lo que sentía por ella. ¿No es algo romántico?

—Aún siento que es una historia muy melosa —dijo Cristina de manera bastante crítica—. Se hubiesen ahorrado todas las molestias si simplemente hubiesen hablado entre ellos.

—Bueno, a mucha gente le cuesta expresar sus sentimientos y busca formas alternativas de comunicarse. Algunos lo hacen con la música, o con la poesía, o con una mirada insistente, como la de tu compañera. ¿Tú siempre expresas lo que sientes?

El bus se detuvo antes de que Cristina pudiera contestar. Instintivamente, corroboró por la ventanilla que había llegado a casa. Su madre estaba afuera en el andén, mirándola con una sonrisa cálida. ¿Ella le estaba diciendo algo por medio de esa sonrisa?

—Ya hemos llegado —la auxiliar había llegado hasta su puesto—. ¿Hay algún problema?

Cristina advirtió que Alejandra ya no estaba a su lado. Un vistazo al resto del bus no le dio pistas de dónde se pudo haber escondido. Era una niña bien rara. Le contestó a la auxiliar que todo estaba bien, recogió sus cosas y se bajó del bus. Todo eso mientras seguía pensando en la mirada de Isabella, en la historia contada por Alejandra y en eso tan complicado de decir lo que uno siente.







Enero 22.

La historia de los objetos perdidos

Sentada en uno de los bancos del patio de recreo, con la lonchera sin abrir a su lado, Cristina rememoraba su fin de semana. Sobre todo, los esfuerzos de su madre por aparentar que todo estaba bien, que podían ser una familia feliz a pesar de encontrarse dispersos por el universo como los restos de una explosión. No importaba que su papá le pidiera paciencia y comprensión; no se podía ser paciente o comprensiva en una situación así. Por eso cuando se marchó al colegio ese día, decidió no despedirse de mamá. ¿Para qué? Todo estaba perdido; había perdido a su familia, había perdido la vida que tenía antes. Si tan solo pudiera perderse ella en medio de la gente, en medio del terrible ruido que hacían los estudiantes de este colegio.

—¡Oye, tú, bicho raro!

Levantó la mirada hacia la voz, más por curiosidad que por sentirse aludida. Hacia ella venían las dos niñas





que siempre acompañaban a Isabella; aunque esta vez sin Isabella. Parecían molestas y no estar de humor para conversaciones sutiles. ¿Qué querían? No lo sabía, no se lo imaginaba, pero tampoco quería quedarse a averiguarlo. Se levantó olvidando por completo su merienda y comenzó a caminar rápido en huida de las otras dos.

—¡Ey, no te vayas! ¡Queremos hablar contigo!

El par de perseguidoras aceleró el paso. Cristina, que no les quitaba el ojo de encima, también hizo lo mismo. No era muy hábil, así que si no conseguía un refugio pronto la alcanzarían. Los otros niños no parecían darse cuenta de lo que sucedía, cada quien se ocupaba de lo suyo. Como ella. ¿Quién los podía culpar? Aunque por un segundo se le atravesó el deseo de que las cosas fueran diferentes.

Fue entonces cuando su atención se centró en la entrada a preescolar; al bosque que crecía a cada lado para ser más exactos. No lo pensó mucho. Se dejó guiar por sus instintos y arrancó a correr hacia el amparo que parecían proveer los tupidos y gruesos árboles. Se internó a toda prisa, sin mirar atrás. Esquivaba ramas, saltaba sobre las raíces, zigzagueaba entre los arbustos. No le interesaba el rumbo, tan solo poner suficiente distancia. No podía estar segura sobre qué sonaba más fuerte: sus jadeos o los latidos de su corazón.

Se detuvo en cualquier parte; la cuestión era volver a respirar normal. Se mareó. Cayó de rodillas sobre el césped y las hojas muertas, obligando a sus pulmones a captar algo de aire. Tosió. Quiso rendirse por completo y dejar que su cuerpo se desplomara, pero recordó que no estaba de camping, que estaba huyendo. Como pudo volvió a ponerse en pie recobrando lentamente el ritmo natural de todos los procesos de su cuerpo.

Se encontraba en un pequeño claro del bosque. Solo se podía ver troncos y follaje diverso a su alrededor. La luz del sol penetraba lo suficiente las copas de los árboles como para dar una claridad relativa al entorno. Al principio se sintió aliviada de no ver rastros de las dos chicas; les había ganado. Luego, entendió que su situación no era muy alentadora. ¿Cuánto había corrido? ¿En qué dirección? Se repitió varias veces en voz alta





que no estaba perdida... hasta que no le quedó más remedio que aceptarlo.

Al principio se asustó. Posteriormente se sentó en una piedra que encontró junto a ella y contempló las cosas desde otro punto de vista. ¿Acaso no había deseado perderse del mundo entero? Y allí estaba, sola, sin que nadie conociera su paradero. Lejos de sus padres. Lejos del ruido.

—Un buen sitio para pensar, debo admitirlo —irrumpió Alejandra, con ese dejo de simpatía que impregnaba cada una de sus palabras.

—¡Se suponía que no había nadie aquí! —estalló Cristina como un eco de lo que su cerebro gritaba.

Alejandra se había sentado en un tronco caído frente a Cristina. ¿Cómo no había escuchado sus pisadas? El piso era una alfombra de hojas secas y crujiertes.

—En eso tienes razón, amiga. Casi nadie viene por aquí. Asusta un poco la soledad.

—A mí no. Y de paso te agradecería que me dejes sola.

—Además —prosiguió Alejandra sin responder a esa petición—, escuché que hubo alguien que se perdió para siempre en la espesura.

—Bien por esa persona. —A Cristina no le interesaba esconder sus sentimientos con tal de que la otra dejara de hablar y se marchara—. Tal vez lo hizo a propósito; consiguió lo que quería.

—No hables así. Pareciera que tú quieres perderte.

—Ya perdí muchas cosas, solo faltó yo. Así que me sería de gran utilidad si te fueras.

—No puedo irme dejando que pienses que has perdido algo, al menos no sin antes contarte lo que sucedió en el colegio hace unos años...

—¿Nunca te cansas de contar tus historias?

—La verdad es que no. Déjame contarte sobre la caja de objetos perdidos y te prometo que apenas termine me iré sin tratar de convencerte. He cumplido mis promesas hasta ahora. —Esperó unos segundos. Al no recibir respuesta asumió que su interlocutora le concedía la palabra, así que prosiguió—: Ocurrió durante la época de elecciones para representante del salón. Ya sabes, la po-





lítica. Candidatos y campañas. Ese año en grado quinto se presentaron dos niños y una niña. La verdad es que ellos parecían la mejor opción, te imaginarás: los populares, los amigos de todos así no les importara ninguno. Ella era una chica muy dulce, pero no tenía muchas habilidades sociales; la gente creía que era algo torpe. ¿Quién votaría por ella en esas condiciones? Claro que el momento de la presentación de las propuestas siempre es decisivo.

“Pasaré por alto los planes de gobierno de ellos; un poco de lo mismo de otros que habrás escuchado. Iré al grano. Mariana, que así se llamaba la candidata que nos interesa, tenía buenas ideas, aunque a la hora de expresarse oralmente no era muy hábil. Pobre. Te ahorraré el discurso de diez minutos que dio y saltaré a una de sus propuestas, la que dio origen a todo lo que vino después: exhibió ante todos, como su primera acción de gobierno en caso de ser elegida, una caja de tamaño mediano que ostentaba en una de sus caras, en letras coloridas de papel silueta, el título OBJETOS PERDIDOS. Fuera de las letras, toda la caja era de color negro, cuyo interior y exterior cubierto por escarcha daba la impresión de un cielo nocturno y sin nubes. Era bonito. Serviría de recipiente para todo aquello que se encontrara sin dueño y así garantizar que nada estuviera realmente perdido.

“Lo que omitió en su bella idea era que la caja, con su color y brillo característicos, había sido encontrada entre las cosas que un viejo mago de oriente había dejado fuera de su casa para que las recogiera el camión de basura.

—¡Y aquí es donde comienza la parte colorida de la historia! —exclamó Cristina con ironía. La otra no pareció enterarse.

—La caja se dejó en un rincón del salón; el plan era que se pudiese hacer uso de ella antes de las votaciones, para que la idea entusiasmara. La verdad es que la gente no hacía uso de ella. Permaneció vacía por casi una semana. Al menos a simple vista, porque de vez en cuando alguien por curiosidad pasaba por allí y le daba un vistazo al interior. Aquellos que lo hicieron decían que si te quedabas observando por unos segundos tenías la





aterradora sensación de que la caja no tenía fondo, que un hoyo negro infinito estaba allí esperando devorar lo que pusieran en él. O a quien se acercara demasiado.

“Tonterías de niños, llegamos a pensar muchos. Incluso, cuando comenzaron a suceder las cosas extrañas nadie las notó. Eran pequeñeces. Como, por ejemplo, un profesor le decía a un estudiante al entregarle su prueba escrita: ‘Ha perdido el examen, fulanito’, y ¡paf! el papel desaparecía de sus manos. Esa es una muestra de los pequeños sucesos iniciales. Luego vendría lo más grande y peor.

“Una estudiante se despertó tarde en su casa a pocos minutos para que le recogiera el transporte escolar. ‘He perdido el bus’, concluyó cuando vio la hora y ella todavía estaba desayunando. Ese vehículo, con todos sus ocupantes, no llegó a su casa, ni al colegio. Aunque no fue comprobado, algunos estudiantes de grado quinto dijeron ese mismo día que de la caja parecía salir un débil olor a gasolina.

“Otro ‘perdió’ la clase extracurricular de arte en la tarde, según le contó a un compañero por teléfono. Todos los asistentes a la clase, incluyendo su maestra, desaparecieron, junto con el mobiliario y útiles del salón.

“En un llamado de atención, un profesor le dijo a una estudiante en el pasillo que ‘estaba perdiendo el tiempo’. Inmediatamente, la niña se quedó rígida como una estatua de cera. Detenida en el tiempo. Así se la llevaron para la casa.

“Mientras tanto, los rumores sobre sonidos y gemidos que venían de la caja circulaban en los espacios de recreo y almuerzo. Es posible que en algún momento un valiente hubiese podido corroborar tan inquietante comentario, de no haber sido porque una de las niñas del salón soltó casualmente que el recipiente en cuestión ‘se perdía’ en medio de todas las demás cosas que adornaban tan pequeño recinto. Desde ese momento nadie supo adónde había ido a parar la caja y su creciente misterio.

“¿Has notado que algunos tienen la fea costumbre de decirle a algún otro la orden ‘Piérdete’? Pues los primeros imprudentes que cometieron esta equivocación





tuvieron que atestiguar cómo las personas a quienes se dirigían se esfumaban literalmente delante de ellos de forma instantánea. En este caso, alcanzaron a desaparecer unos veinte antes de que la gente se cuidara de no tratar mal a los otros.

“La situación se complicó cuando la directora, la señorita Franco, habló por el sistema de comunicación interna del colegio. Esos parlantes que ves en la parte superior de los pasillos y que ahora no se usan para nada. Ella tenía la buena intención de calmar los ánimos, evitar que se disparara el pánico. Su discurso motivaba a pensar las cosas con calma, no dejarse llevar por supersticiones; concluyó afirmando que el pensar en la magia nos había hecho perder el rumbo. Ese fue su error. ¿Lo escuchaste? Perder el rumbo. Inmediatamente nuestro sentido de la orientación desapareció de nuestros cerebros; norte o sur, derecha o izquierda, arriba o abajo, todos eran conceptos vacíos. Comenzamos a andar por los pasillos tratando de llegar a un sitio determinado; después de horas de caminata infructuosa entendimos que jamás lo lograríamos. Eso incluía salir de la escuela. Estábamos atrapados en medio del caos.

“Luego, a alguien se le fue la lengua y gritó a pleno pulmón: ¡Es el fin, el colegio está perdido!. ¿Te puedes imaginar cómo alguien puede rendirse de esa manera y hacer que otros paguen por sus sentimientos?

—Te estás desviando —le apuró Cristina, quien en el fondo se reconoció a sí misma en el último comentario. No quería parar en eso—. ¿Qué pasó cuando se dio ese grito?

—¿Qué pasó? Pasó que de pronto se hizo de noche en el exterior. A través de las ventanas solo se podía ver un cielo estrellado. Nada más. Si no fuera por el brillo titilante hubiésemos pensado que habíamos caído en la nada. Las luces internas y externas del colegio fueron encendidas inmediatamente por los maestros y las personas de servicios. Los adultos estaban tan asustados como nosotros.

“Mariana, la chica que se había lanzado a candidata ¿recuerdas?, siguió siendo tan lista como antes a pesar del miedo que compartía con los demás. A su alrededor





solo encontraba gritos, llantos, rezos, cuerpos corriendo en diferentes direcciones y estrellones consecuentes entre ellos y con las paredes. Por esta razón nadie más notó lo que Mariana fue descubriendo. A medida que avanzaba sin rumbo por el interior del colegio, en silencio, meditabunda, se encontró en el piso un par de los exámenes extraviados, casi tropieza con los materiales de la clase de arte regados por uno de los pasillos y calmó a algunas de las personas que se reportaron como extraviadas en días anteriores; finalmente, al asomarse por una de las ventanas, pudo divisar en las afueras del colegio el bus que se había perdido al comienzo de todo este desorden. Sus ocupantes le devolvían la mirada de sorpresa a través de las ventanillas.

“Logró abrir la ventana, que parecía al inicio fijada al marco, y se atrevió a salir. Esperaba que le recibiera el viento frío de la noche, pero ni una ligera brisa le tocó la piel. Miró hacia abajo y un suelo completamente oscuro cubría todo, reemplazando césped y pavimento. Los del bus le llamaban, sin decidirse a salir. Ella los ignoró. Ahora una extraña idea se formaba en su cabeza; cualquier distracción le sacaría del camino al que sus inquietas neuronas deseaban conducirle. Siguió caminando con las manos extendidas hacia adelante, como sonámbula, alejándose del colegio e internándose en ese espacio desconocido. No avanzó realmente mucho. Había pasado unos dos metros al bus y sus palmas chocaron con una superficie dura. No se trataba de una barrera invisible, porque, tal como lo había inferido, las estrellas no eran estrellas. Eran escarcha pegada en una superficie de cartón pintado de negro. ¡El colegio y todos nosotros estábamos dentro de la caja de objetos perdidos!

“Entre entusiasmada y aterrada por su descubrimiento, Mariana logró volver por la ventana, no sin antes tropezarse un par de veces con el bus (recuerda que estábamos sin el sentido de la orientación). ¿Qué hacer? ¿Dejarse inundar por el miedo y el desespero como los demás? Parecía lo más fácil. Pero ella no era como el resto. Su mente estaba trabajando al máximo para encontrar una solución. Hasta que dio con una teoría y un plan. El inconveniente era que la ejecución de este últi-





mo implicaba llegar a la oficina de la directora, cuando todos éramos, en ese momento, como murciélagos a los que se nos hubiese atrofiado el sistema de radar.

“Era el momento propicio para comprobar su sospecha: todos los problemas se habían originado a partir de la pérdida; por lo tanto, salir de la caja requería de lo opuesto, es decir, del hallazgo. ¿Cómo hacerlo? Cerró los ojos y pensó en sí misma, en sus fortalezas, sus metas, sus límites; fue consciente de lo mucho que deseaba apoyar a su comunidad, convertirse en la líder que necesitaban aquellos a su alrededor. Estaba segura, como nunca antes, de que había nacido para ello. ‘Sin lugar a dudas’, se dijo en voz alta, ‘he encontrado mi camino’.

“No fue sino haber acabado de pronunciar estas palabras para que la desorientación fuera expulsada de su cerebro. Volvía a dominar la direccionalidad. A paso firme se abrió espacio entre los atormentados llegando en un par de minutos ante la puerta de la oficina de la directora. Estaba abierta. La habitación, solitaria; la pobre señorita Franco debía estar extraviada con sus estudiantes entre los pasillos. No perdió tiempo, se lanzó hacia el micrófono sobre el escritorio. Comprobó las conexiones y se cercioró de encender adecuadamente el aparato. No era complicado realmente. Golpeó con su dedo índice un par de veces la punta del micrófono; a través de la puerta le llegó el eco de su prueba de sonido. Cerró los ojos y dio un largo suspiro. Estaba en sus manos.

“Cuando empezó a hablar, le temblaba un poco la voz, luego fue adquiriendo cada vez mayor firmeza. Dijo algo como: ‘Escúchenme todos, es importante que oigan lo que tengo que decirles. Cálmense y escuchen’. Esperó un par de segundos a que sus oyentes se dispusieran; el ruido fuera de la oficina disminuyó. Buena señal. Prosiguió más o menos así: ‘Sé que nuestra situación parece terrible, pero depende de nosotros salir de ella. Podemos lograrlo. Si están cerca de alguien acérquense, no importa que no se conozcan, están sintiendo el mismo miedo. Cierren los ojos, no teman. En silencio reflexionen sobre ustedes mismos. Recuérdense quiénes son, qué les gusta, qué no, cuáles son sus sueños, cuáles son sus pesadillas, a quiénes aman, quiénes los aman’.





Mientras expresaba su discurso, Mariana también estaba siguiendo sus propias instrucciones. Nos llevó paso a paso a reconocernos a nosotros mismos como las personas que en realidad éramos por encima de cualquier situación. Nos tranquilizó en el momento en que más lo necesitábamos. Nadie se esperaba la frase final. Quedó grabada en las mentes de quienes estuvimos allí: ‘Ya no podemos estar perdidos, nos hemos reencontrado con nosotros mismos y, teniendo en cuenta que todos conformamos una sola comunidad escolar, podemos decir sin equivocarnos que el colegio entero se ha encontrado a sí mismo’.

“Fue espectacular, amiga. El sol volvió a entrar a raudales por las ventanas. La confusión y el miedo se alejaron junto con la noche estrellada de escarcha. Todos estábamos allí. Todo estaba allí.

—Quedaba el problema de la caja, ¿no? —Nuevamente Cristina debía admitir que estaba interesada en la descabellada historia.

—Claro, tienes razón. Lo mismo pensó Mariana. Al tiempo que todos celebraban, ella salió disparada de la oficina y llegó corriendo al salón. En la esquina donde se había ubicado originalmente volvía a estar la caja de objetos perdidos. La niña fue directo a ella, se plantó con los puños en las caderas, como el guerrero que pretende establecer la victoria ante su enemigo, y le anunció: ‘Como ves, has perdido todo tu poder’. Ese fue el fin del influjo sobrenatural de aquel artefacto.

“Por supuesto, después de esa demostración de audacia, Mariana ganó las elecciones de representante del salón”.

—Tu historia supera en fantasía a las que me has contado hasta ahora. Te das cuenta, ¿cierto?

—Sé que puede sonar a invención mía. —Alejandra se puso de pie—. Lo importante es que muchas veces creemos que hemos perdido algo y solo se requiere de buscar un poco más hondo para descubrir que nunca lo hemos perdido.

Una rama se quebró en algún sitio del bosque. Cristina giró su cabeza hacia atrás, recordando a sus perseguidoras iniciales. No se veía a nadie, ni un movimiento. Al





volver a su posición original Alejandra ya no se hallaba a la vista. Se levantó en un solo movimiento, espantada por lo imprevisto.

—Lamento si te asusté.

De entre los arbustos a su izquierda fue mostrándose tímidamente Isabella.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Cristina, sumando esta nueva aparición al creciente temor que de pronto había iniciado dentro de ella.

—Siempre vengo aquí. —Isabella mantenía la cabeza baja, evitando mirarla a los ojos—. Al menos cuando puedo escapar de Érica y su amiga.

—¿Érica? —El inicio de esta conversación estaba desviando la atención de Cristina, calmándola.

—Estoy hablando de las chicas de sexto que has visto conmigo. Érica es la que te habló el otro día, la otra es Valentina.

—¿Te escondes de ellas aquí?

—Les da miedo entrar en el bosquecito. Me quedo hasta que se va a acabar el recreo.

De nuevo algo en aquella niña le pareció familiar a Cristina. Aún no podía determinar qué era aquello, pero esta vez lo sentía más fuerte. Tal vez eso fue lo que le impulsó a ofrecer su ayuda, yendo así contra sus propios deseos originales de perderse en la espesura.

—Puedo acompañarte hasta el salón si quieres.

Isabella por primera vez la miró y sonrió. No fue una sonrisa cualquiera, fue una especie de foco que le iluminó el rostro y la hizo ver muy hermosa en medio de un invisible escenario. Esto incomodó a Cristina, quien no supo cómo responder a este gesto:

—Bueno... yo calculo que ya debe pronto terminar el... recreo... así que...

No pudo terminar la frase que se estaba obligando a elaborar para detener la situación que se le presentaba tan azarosa. Su compañera de salón se lanzó hacia ella y la abrazó con más fuerza de la que alguien hubiese imaginado contenida en ese menudo cuerpo. El primer pensamiento de Cristina fue sacársela de encima; en realidad, estuvo a punto de hacerlo. Sin embargo, a medida que el abrazo silencioso seguía existiendo, sus propios





brazos le traicionaron y respondieron con igual o mayor fuerza a esta manifestación inesperada de emoción. Se dio cuenta de cuánto lo necesitaba, al igual que Isabella.

Así se quedaron, sin decir una palabra, por un par de minutos más. Luego, en igual silencio volvieron juntas al salón de clases.

•

Esa noche, antes de irse a dormir, Cristina caminó hasta la sala para encontrar a su madre en el sofá, de espaldas a ella, avanzando en el último libro cuya lectura ocupaba ritualmente sus minutos antes de dirigirse a su cuarto. Leer antes de dormir. Su madre siempre lo había hecho, y lo seguía haciendo. Nunca había dejado de hacer lo que siempre había hecho; nunca había dejado de ser su madre. Su padre, en otra ciudad, también lo seguía siendo. Nunca se habían perdido.

Alejandra tenía razón.

Rodeó el sofá y se plantó delante de su mamá. La mujer, al sentir la presencia, bajó el libro. Había estado llorando, se le notaba. Antes de que pudiera preguntar qué sucedía, Cristina se abalanzó sobre ella y le obsequió el mayor abrazo que alguna vez le hubiera dado. Casi al tiempo, su madre le devolvió el regalo con el mismo entusiasmo.

Sin separarse, lloraron ambas un rato. Luego, las risas afloraron con total naturalidad.







Enero 23.

Crónica de un incidente en la cafetería

A la hora del almuerzo en la cafetería algunas cosas se mantenían igual día tras día. Los mismos estudiantes en las mismas mesas. Más el ruido; eso tampoco cambiaba. “¿Cómo podían escucharse?”, era la pregunta que rondaba ese mediodía en la cabeza de Cristina, sentada de nuevo sola en la misma mesa del primer día. Aunque ahora era diferente; esta vez miraba su entorno. Ubicaba caras conocidas y trataba de escudriñar en las desconocidas.

Llegado un momento, su observación la llevó, al igual que el primer día, a Isabella, sentada unas mesas frente a ella, apretada a cada lado por Érica y Valentina. Se notaba incómoda, con el rostro bajo y sin tocar su comida. Las otras dos le decían cada una algo en el oído respectivo, sin parar, insistentes.

—Si no hubiese tanto ruido tal vez podríamos escuchar lo que dicen —comentó Alejandra a su lado.

En esta oportunidad Cristina no se sobresaltó por





la aparición súbita de Alejandra, a pesar de no haberla escuchado sentarse. Había terminado por aceptar la compañía inesperada de la narradora. Incluso, no hizo ningún comentario desagradable; al contrario, se animó a expresar, sin quitarle la mirada a las otras tres, lo que le venía inquietando desde hacía varios días:

—¿Por qué ella se me hace conocida?

—Bueno, antes de venir fuiste al baño, ¿cierto?

Cristina frunció el ceño, tratando de cotejar lógicamente su pregunta con la respuesta de Alejandra. Giró su cabeza para encararla, pero de nuevo se vio sola. No intentó buscarla ni indagar sobre el truco recurrente de su autonombrada amiga. Seguía cavilando sobre lo que le había dicho. Hasta ahora, todo discurso de Alejandra tenía un fin particular, nunca decía algo porque sí... así fuera lo más ridículo del mundo. Sí, ella había ido al baño, pero ¿qué tenía que ver con Isabella y el recuerdo que se le escabullía?

Centró de nuevo su atención en la niña atormentada, quien en ese momento le devolvió la mirada. A diferencia de aquella vez en el bosque, esos ojos mostraban angustia, desesperación, resignación y una especie de profunda esperanza en que algo pudiera cambiar... Eso lo había visto en otra parte... ¿en el baño?

—¡Ahora entiendo!

Cristina se levantó con la boca abierta; el movimiento fue tan brusco que la silla alcanzó a caer hacia atrás. El golpe del metal contra el piso fue ahogado por el ruido reinante de las voces del colegio. Ahora ya no podía quitar la imagen de su mente. La imagen de ella en el baño... frente al espejo del baño. Antes de salir a la cafetería se había visto en el espejo, como lo hacía siempre. Isabella no le recordaba a otra persona, le recordaba a ella misma cada vez que veía su reflejo. La soledad, la zozobra, el anhelo estaban en ella. En ellas.

Sin pensarlo, se alejó de su mesa y fue acercándose lentamente a la del trío. ¿Qué pensaba hacer? No lo sabía. ¿Iba a hacer algo? El ruido no le dejaba pensar con claridad. Se detuvo y se quedó de pie frente a la mesa en que Isabella seguía siendo acosada por las otras dos. Apretó sus puños (notó que hacía días había dejado de





hacerlo), esta vez para contener una emoción que amenazaba con escapársele de cada célula de su cuerpo.

Érica dejó a Isabella y miró con desprecio a la intrusa:

—¿Qué es lo que estás diciendo, niña loca? —inquirió la niña de sexto levantando la voz para hacerse escuchar en medio del ruido que les rodeaba.

Solo hasta ese momento Cristina fue consciente de que había hablado. ¿Qué dijo? Tragó saliva y se concentró en la presión pulsante de su pecho. Procuró que el mensaje que subía por su garganta fuera lo suficientemente claro:

—Deja a Isabella tranquila, por favor.

Érica se puso de pie, su expresión pasaba de la confusión al enojo. Valentina, su compañera, dudó, la miró y siguió su ejemplo. Isabella se quedó sentada. Sus ojos pasaban de una niña a la otra.

—Será mejor que no metas tus narices aquí —se hizo escuchar Érica por encima del alboroto alrededor, que en este caso dificultaba en algo la comunicación—. Da la vuelta y sigue platicando con tu almuerzo. A menos que quieras hacer parte de nuestro pequeño grupo.

—No, no me iré. —Cristina parecía muy segura de lo que estaba haciendo. No se sentía así desde antes de la separación de sus padres. Aunque tenía miedo (no lo podía negar) también se sentía bien. Esto le infundió ánimos—: Eres tú la que debe dejar en paz a mi amiga—. Esto último lo dijo casi a punto de comenzar a gritar; uno tenía que esforzar mucho la voz para superar la bulla reinante.

Las dos chicas mayores comenzaron a darle la vuelta a la mesa. Cristina retrocedió hasta quedar en medio del recinto. Finalmente, ella, Érica y Valentina quedaron mirándose frente a frente, separadas por unos cuantos pasos, en la mitad de la cafetería. Se asimilaba a una escena de duelo en una película de vaqueros. Nadie, con excepción de Isabella, que permanecía en el mismo sitio, parecía enterarse de lo que estaba sucediendo. Era seguro que el resto de los estudiantes no podía escuchar nada.

—Estás jugando con fuego, niñita. —Érica era quien





llevaba la voz cantante. Valentina se limitaba a remedar los gestos de su compinche—. Te vas a arrepentir de haberte puesto en mi camino.

Cristina quiso replicar, pero se sintió incómoda con ese bullicio que le obligaba a alzar la voz. Era una especie de barrera que se interponía entre ella y sus contrincantes. Era desesperante, estresante, angustioso. Eso debía parar, tanto como la propia Érica.

Se concentró, respiró profundo y expulsó de su garganta un único y poderoso grito:

—¡SIIIIIIILEEEEEENCIOOOOOOOOO!

Como por arte de magia todos los comensales de la cafetería enmudecieron; detuvieron sus movimientos y observaron con atención a la extraña niña que los había hecho callar. Hasta Érica y Valentina parecieron retroceder un paso. Ahora el silencio era el que dominaba el espacio. Cristina aprovechó la situación, hablando de tal manera que la escuchasen todos:

—Vas a dejar a Isabella en paz y a cualquier otro estudiante de este colegio.

—¿Y si no? ¿Qué vas a hacer? Eres solo una enclenque.

De pronto, lo impensable: Isabella llegó corriendo a pararse junto a su defensora y sostuvo la mirada, se diría que por primera vez, a las niñas que le habían atormentado por bastante tiempo.

Aún más, habló:

—Ella no está sola. Ahora también somos dos.

—¿Qué se supone que son? —Érica pretendía seguir en el mismo tono burlón y agresivo, pero no podía evitar demostrar algo de sorpresa y desconcierto—. ¿La liga de la Justicia? Ustedes no son nada para nosotras. Podemos aplastarlas cuando queramos. Tal vez sumen dos, pero no son oponentes para nosotras.

—Ahora son tres.

Quien había hablado era una niña de sexto grado, quien se puso de pie, unas mesas atrás de Valentina. Se veía en su semblante el dolor que había estado soportando en silencio, como Isabella. Ese fue el inicio. Luego fue un chico de cuarto, otros dos de sexto, una niña de quinto, cada uno sumaba en voz alta el número que representaba.





Cristina dejó de contar después del número siete.

—Tu reinado de terror terminó —concluyó mientras más aliados aparecían en la escena alrededor—. Todos resistiremos.

—¡Tontos! —Érica, dirigiéndose al inesperado auditorio que había crecido, ya no hablaba, daba chillidos frenéticos. Su mirada enrojecida hacía inferir que el llanto estaba presto a fluir de sus ojos—. ¡No son nada, ninguno de ustedes! ¡Puedo seguirlos insultando y golpeando porque solo existen para ser aplastados! ¡Llevo mucho tiempo haciéndolo y nunca nadie se ha enterado!

—¡Hasta ahora!

No era un estudiante el que había interrumpido el histérico discurso. Se trataba del señor Delgado. El eco de sus pisadas se esparcía gravemente por el recinto a medida que se acercaba a Érica. Cristina e Isabella se separaron para darle paso.

—No sabíamos, lamentablemente, lo que estabas haciendo. Ha sido providencial este silencio, pues solo así he podido escucharte con claridad. Acompáñame con el director.

El maestro no se veía enojado; más bien triste. Le extendió el brazo a la niña a modo de invitación. Érica no dijo nada, tampoco se movió. Se quedó allí plantada mirando primero al adulto y luego al piso. Su figura se encorvó. Era la fiel imagen del derrumbe. Por último, lloró lo más silenciosamente que pudo, dejando que su cabello le cubriera las mejillas y cubriéndose los ojos con las palmas de las manos.

Cristina supo lo que debía hacer casi de inmediato. Igual que cuando se le enfrentó, dejó que su corazón le guiara. Se acercó a quien hasta hace un momento se declaraba su enemiga. Y la abrazó. Érica no se resistió; al contrario, apoyó su frente en el hombro de la niña nueva.

El silencio en la cafetería se sostuvo.







Enero 24.

La historia de

Alejandra

Cristina se sentía extraña sentada en una de las mesas de la sala de profesores. A esa hora debería estar en la cafetería haciendo fila para el almuerzo, pero el señor Delgado le había citado, sin decirle para qué. La estancia estaba iluminada por grandes ventanas que cubrían casi todo uno de sus costados; la pared contraria estaba llena de fotografías de distintos eventos del colegio. Se sintió las manos frías. ¿Sería algo malo lo que le iba a decir? La incertidumbre era lo peor. Para calmarse, mientras su maestro seguía intentando por todos los medios que la máquina de café hiciera su trabajo, la niña dedicó su atención al resto del profesorado que se encontraba en el sitio.

No estaban todos. La señorita Gómez y el señor Ruíz, de segundo y tercero respectivamente, conversaban animadamente sobre lo que habían hecho en vacaciones en una de las mesas. Uno de los profesores de educación física leía un libro justo atrás de ella.





Por su parte, el señor Delgado volvió con su taza de café y se sentó frente a ella. Puso la bebida a un lado como para dejar que se enfriara.

—Espero que no estés asustada.

—Oh, claro que no —mintió Cristina.

—Voy a ir al grano para no quitarte mucho tiempo del almuerzo. Primero que todo, quiero decir que lo que hiciste ayer fue muy arriesgado, pero, debo admitir, muy valiente y especial de tu parte. Se nota que eres una excelente persona y quiero agradecerte porque sin esa intervención Érica y su amiga hubiesen seguido haciendo de las suyas.

Cristina asintió con la cabeza. Por un lado, era gratificante que se le estuviera haciendo un reconocimiento como ese; por el otro, era fuerte la sensación de que no era lo único que quería decirle y que fuera lo que fuera no era tan positivo. Decidió no decir nada y que el otro prosiguiera su discurso hasta el final.

—Lo otro que quiero compartírte es la preocupación que tengo por algo que algunos de los profesores y compañeros tuyos hemos observado desde tu llegada. Debo admitir que en una semana has tenido un cambio impresionante, pasaste de ser una niña reservada y arisca a una estudiante más cercana y preocupada por los demás. Hoy vi que Isabella, gracias al vínculo que has establecido con ella, también está transformándose positivamente.

La mención de Isabella hizo sonreír a Cristina. Entre ayer y hoy habían hablado de tantas cosas; en verdad era un ser humano muy interesante. De verdad había valido la pena luchar por ella.

—Pero esa no es mi preocupación —continuó el maestro con aire más grave—. Muchos te han visto hablando sola en varias ocasiones. La otra vez que te vi en el mural alcancé a escucharte murmurar.

Otra vez la referencia a hablar sola. Érica se lo había soltado más de una vez. Eso era el colmo, que la creyeran demente.

—Yo quería conversar contigo sobre esto antes de comentarle a tu familia y a...

—¡No estoy loca! —Después de haber gritado esto,





Cristina se puso de pie de manera tan abrupta que casi hace derramar el café del señor Delgado. Eso hizo que el profesor de educación física bajara unos centímetros el libro para espiar lo que sucedía; y que la señorita Gómez y el señor Ruíz hicieran una pausa larga en su plática para luego proseguirla en voz más baja. Si habían tenido sospechas de su cordura, pensó, ahora les había dado una excusa para seguir dudando. Tomó una gran dosis de aire e intentó, sin sentarse todavía, imprimir serenidad en sus palabras—: Yo no hablo sola. Tal vez no quise hacer amigos al inicio, eso es verdad, pero estuve en contacto con una estudiante llamada Alejandra, no sé de qué grado es. Parece de sexto. Con ella estaba viendo el mural.

A continuación, hizo una descripción física lo más fiel que pudo.

—¿Sabes su apellido? —preguntó el maestro—. ¿Nunca te dio curiosidad por saber su grado? —Cristina no deseaba contestar, se sentía ofendida. Decidió distraer su mirada en las fotos de la pared mientras el señor Delgado seguía con lo suyo—: Hasta ahora tu descripción no me recuerda a ninguna niña del plantel. De igual manera quienes te han observado hablando sola no te han visto con ninguna otra niña, al menos hasta ayer. ¿Estás segura de lo que me estás diciendo?

Cristina suspiró y estuvo a punto de exaltarse otra vez cuando su atención se dirigió completamente a una de las fotos. En la imagen, que se veía un poco oscurecida por el tiempo, una niña vestida con bata de laboratorio enseñaba sonriente una especie de trofeo.

—¡Es ella! ¡Esa es Alejandra! —Casi de un salto Cristina llegó a la pared, descolgó el marco y enseñó la foto a su profesor desde allí—. ¿Lo ve? No es una alucinación, es esta niña. Puede encontrarla.

El señor Delgado hizo amague de decir algo, pero se arrepintió, solo pudo balbucear unas sílabas inconexas. Su rostro se tiñó de blanco. Se levantó y se acercó a Cristina para examinar la imagen. Al comprobar la identidad de la chica con el trofeo, las palabras le salieron más fluidas:

—Debes estar equivocada. No pudiste haber hablado





con ella. Alejandra estudió aquí hace quince años.

Fue el turno de Cristina de ponerse lívida. ¿Qué quería decir el profesor? Si Alejandra había estudiado allí hacía quince años eso significaba que en esos momentos no podía verse como una niña de sexto grado. Un terror fue creciendo en la forma de una palpitación que comenzaba en su pecho y amenazaba con extenderse por todo su cuerpo. No quería saber la respuesta, y aun así se dio ánimos para plantear la pregunta que hacía zigzag en su cerebro:

—¿Ella está... muerta?

•

Después de quince minutos, tres vasos de agua y varias negativas del profesor, Cristina volvió a recuperar el color de su rostro y comprendió por fin que había cometido un error de interpretación.

Estaban de nuevo sentados en la mesa. Los otros profesores después de haber evitado que cayera al suelo desmayada habían vuelto a sus posiciones y ocupaciones originales echándole de vez en cuando un vistazo.

—Igual no me parece lógico. —Cristina dio un nuevo sorbo a su agua y dejó a un lado el vaso. Después del susto inicial, ahora su mente racional le impedía aceptar otras opciones a la lógica del universo—. Me dice que entendí mal, que no está muerta, pero ¿cómo la vi tal cual está en la foto?

El señor Delgado notó que la niña estaba más tranquila. Se tranquilizó a sí mismo y explicó desde el inicio:

—Vamos por partes. Alejandra, la de la foto, estudió en grado sexto hace quince años. En esa época yo era el director de grupo de ese grado. Fui su profesor, la conocí personalmente. Se graduó hace nueve años y hasta donde sé sigue viva y muy activa. No puedo responderte a tu pregunta, pero puedo contarte su historia. Más bien su extraordinaria historia.

Esta conversación activó las alarmas de Cristina:

—Habla como ella. Siempre está contando historias. Fantasías que afirma son reales. Espero que esta sea más real.





—Sí, Alejandra era así. —El maestro sonrió al recordar—. Tenía mucha imaginación y le gustaba contar historias a sus compañeros y a mí. Creo que se me pegó algo de ella. No sé si su historia te parezca real o ficcional, pero te aseguro que te la contaré tal como sucedió.

“Alejandra ingresó al colegio en ese sexto grado. Hizo amigos fácilmente. Era simpática y colaboradora. Su alegría era contagiosa. En algún momento nos preocuparon sus narraciones. Algunas de sus historias familiares hablaban de dragones y brujas escondidos en su casa. Citamos a su familia y supimos que su abuelo estaba muy enfermo; ella estaba pasando por ese momento difícil lo mejor que podía. ¿Entiendes? Recreaba la realidad de su contexto a través de narraciones llenas de fantasía, era la manera más creativa que tenía para lidiar con su tristeza.

“Entonces la impulsé a escribir, para que pudiera darle un escape a su imaginación. Funcionó. Tenía cuadernos que llenaba en un par de semanas con centenares de cuentos mágicos. Su abuelito lamentablemente murió y ella pudo a mediados del año superar el suceso sin necesidad de darle un toque de fantasía. Había aprendido a convivir con los dos mundos, separándoles uno de otro. Hasta que encontró una forma de convertirlo en algo útil.

“Se dio a la tarea de pronto de ayudar a los demás. Un par de años después me diría que, así como ella había tenido problemas, otros podrían estar en la misma situación. ¿Por qué no intentar hacer algo por ellos? Esa niña era bastante especial. Su trabajo se vio casi de inmediato. Convenció a los niños de preescolar para que le ayudaran en una campaña de uso adecuado de residuos en todo el colegio; esto hizo no solo que los demás estudiantes tuvieran cuidado con su basura, sino que las directivas se animaron a invertir en más contenedores. Descubrió que un estudiante con dificultades de control de agresividad tenía potencial en el arte; a través de mí se hizo la solicitud de permitirle utilizar el gran muro que viste para hacer la obra que estabas admirando ese día. El resultado fue espectacular y el chico no volvió a tener dificultades; ahora sé que trabaja en publicidad.





Alejandra también ayudó a una compañera en su campaña para lanzarse a representante del salón, una niña lista pero muy tímida; no sé cómo hizo, pero la convirtió en la mejor candidata, con unos discursos que nos dejaban a todos con la boca abierta.

“Y esos son solo unos ejemplos iniciales de todo lo que ella hizo mientras estuvo en el colegio hasta que se graduó”.

Cristina reflexionó. Eso quería decir que todas las historias que Alejandra le contó eran ciertas... a su modo. Con el disfraz de la fantasía. Lo que una buena escritora haría si requiriera ayudar a alguien que no creía necesitar ayuda.

—¿Qué pasó con ella?

—Después de numerosos trofeos, amigos, reconocimientos, representaciones del colegio, el trabajo como personera y demás triunfos para ella y los demás, salió del colegio a la universidad. No estoy muy seguro qué estudió, pero sé que en estos momentos ha logrado crear una fundación para apoyar a los colegios de bajos recursos. Ha tenido gran éxito. Salió en un noticiero el fin de semana. Puedes buscarlo en Internet.

Ninguno de los dos habló inmediatamente. A pesar de todo, la razón por la que estaban allí en un principio no se había resuelto; al contrario, todo se había hecho más misterioso aún. Él fue el primero en mencionar lo extraño:

—No entiendo todavía cómo dices haberla conocido tal cual lucía hace quince años...

—No se preocupe —le interrumpió Cristina poniéndose de pie. No estaba asustada a pesar de la situación—. Lo mejor es dejarlo así. Es casi seguro que no volverán a verme hablar sola—. Y añadió con la seguridad que le daba el hacer encajar todo en su mente y corazón—: Ya no necesito de ello.

Explicó que deseaba ir a almorzar, el profesor accedió y ella dejó la sala. No tenía necesidad de mirar hacia atrás para saber que el señor Delgado había quedado bastante confundido.





Lo más notable al entrar a la cafetería era que el ruido había desaparecido, al menos ese bullicio ensordecedor que dificultaba la comunicación. Solo quedaba el murmullo de las conversaciones en tono normal y el golpeteo de los cubiertos contra los platos. Cristina casi que respiraba la serenidad que imperaba en ese momento.

Una mano se agitaba más adelante. Era Isabella que la saludaba con alegría. Estaba almorzando con otros compañeros de la clase, quienes giraron y también agitaron sus manos. Al parecer ya había hecho amigos.

—Si no llegas rápido a la fila no te van a alcanzar patacones. Vamos.

Quien le había hecho la invitación era una niña que no conocía, parecía de sexto grado. Se había quedado esperándola con una gran sonrisa acogedora. Se dejó llevar y llegaron juntas a la fila. En el camino otros estudiantes que no eran de su salón le hicieron señas de reconocimiento y saludo.

Había llegado al colegio con la intención de ignorar todo y a todos. Una semana después era una niña reconocida y apreciada en todo el plantel. Y gracias a Alejandra.

No era un fantasma, eso había quedado claro. La única explicación que quedaba era que de alguna manera lo que había hecho en el colegio había sido tanto y tan significativo que una parte de ella había quedado en el lugar. Como una huella. Como un eco.

Sabía que no la volvería a ver, porque, como le había dicho al señor Delgado, ya no la necesitaba. Alejandra le había acompañado mientras Cristina seguía siendo la niña a la que no le importaba nada, que tenía pesadillas imaginarias y que creía haberlo perdido todo.

¿Quién era ahora Cristina? Esa era una muy buena pregunta. El responderla era un reto que había comenzado desde el día anterior en que ayudó a Isabella. O cuando abrazó a su madre. O al llegar al nuevo colegio. No podía estar segura. Igual, se sintió dichosa. Sospechó que estaba encontrando su camino.







Epílogo: noviembre 16. Cincuenta años después

Muchas promociones de graduados habían pasado desde los sucesos anteriores. Cinco décadas más tarde ningún estudiante podía saber de Cristina, Isabella, Érica y mucho menos de Alejandra. Incluso, el señor Delgado llevaba bastante tiempo jubilado, dedicado a escribir novelas infantiles y jugar con sus nietos.

Diego, quien había llegado nuevo al grado sexto del colegio Casa Luden en septiembre, se había sorprendido del bajo nivel de ruido en los salones, los pasillos y la cafetería; jamás se hubiera imaginado que todo inició durante un almuerzo y la defensa de una niña en dificultades. Por otro lado, ya había admirado muchas veces el gran mural del auditorio, que debía ser obra de un gran maestro de la pintura de la época de sus padres; lástima el punto blanco que por equivocación el artista ignoró. Iba camino a la cafetería cuando vio salir de uno de los salones a la señora Márquez, su directora de grupo. Tuvo la tentación de acercarse y hablarle, algo que deseaba hacer desde hacía varias semanas. Debía informarle de la forma en que Marcos estaba tratando a Eloísa; ella nunca





lo reportaría, tenía miedo. ¿Y él? Claro que le aterraba la situación. Diego era nuevo y Marcos podía acusarlo de soplón; no convenía este tipo de publicidad cuando eres nuevo en un colegio. Sin embargo, una parte de él sabía que lo correcto era hablar. ¿Serviría de algo o se arriesgaría inútilmente?

—A veces tomar las acciones adecuadas es más complicado de lo que parece.

Al darse vuelta se encontró con una niña que no había visto hasta ahora en todo el tiempo que llevaba en el plantel y eso que se preciaba de ser un excelente observador. Así se había dado cuenta de lo que sucedía entre Marcos y Eloísa.

—Tienes cara de tener un secreto —prosiguió la desconocida con una sonrisa agradable que hacía sentir cómodo a Diego—. También se nota que estás indeciso entre si debes sacarlo a la luz o no. Tal vez es algo que puede ayudar a una persona pero que te pondría en alguna clase de riesgo. ¿Me equivoco?

Diego estaba abrumado. ¿De verdad se notaba tantas cosas en la cara de uno? No estaba seguro, pero la oportunidad de tocar el tema con alguien de carne y hueso era un alivio para su tensión.

—No, no te equivocas. ¿Qué debería hacer?

—Listo, sentémonos en este banco al lado del pasillo y te contaré una historia. —La niña continuó cuando ambos estuvieron sentados—: ¿Sabes por qué no hay tanto ruido en este colegio?

—Bueno... no sé... imagino que las normas...

—No, no se trata de normas. Se trata de un antiguo hechizo que afectaba al colegio y que una princesa, que no sabía que lo era, destruyó con la magia que había en su voz.

Diego intentó no reírse:

—Eso parece un cuento de hadas para niños pequeños.

—Oh, no juzgues algo que todavía no conoces. Déjame contarte la historia hasta el final y luego podrás pensar lo que quieras.

Ya iba a comenzar, cuando ella misma se interrumpió, como si hubiese olvidado algo importante:

—A propósito, me llamo Cristina.





Índice

DÉJAME CONTARTE

UNA HISTORIA...

Prólogo: enero 15. El primer día	11
Enero 17. La historia de la crisis de basura	17
Enero 18. La historia del monstruo blanco	27
Enero 19. La historia de los problemas de René	41
Enero 22. La historia de los objetos perdidos	51
Enero 23. Crónica de un incidente en la cafetería	63
Enero 24. La historia de Alejandra	69
Epílogo: noviembre 16. Cincuenta años después	77





Este libro se terminó de imprimir en Bogotá,
en los talleres de Xpress estudio gráfico y digital S.A.S.,
en el mes de marzo de 2025, en papel Hollmen Book de
59.2 g. y tipografías Novecento Sans Wide, Bell MT,
Antonio y Garamond,
con un tiraje de 300 ejemplares.

